

# macedonio

Literatura · Teatro · Cine · Artes

DIRECTORES: J. C. MARTINI - A. VANASCO

Año II - Número 8 - Buenos Aires - \$ 300

HEGEL en su segundo centenario: notas de CARLOS ASTRADA, RAUL SCIARRETTA y ALBERTO VANASCO - Poemas de EDGAR BAYLEY, EDUARDO D'ANNA y CASSIANO RICARDO - Cuentos inéditos de JUAN CARLOS ONETTI y PEDRO ORGAMBIDE - Juan Carlos Onetti o escribir en Latinoamérica, por JUAN CARLOS MARTINI - Primer certamen Macedonio de POESIA ARGENTINA

8 - primavera 1970



CALATAYUD - DEA - EDITORES

# macedonio

Literatura · Teatro · Cine · Artes

DIRECTORES: J. C. MARTINI - A. VANASCO

Año II - Número 8 - Buenos Aires - \$ 300

**Publicación Trimestral**  
**Editores Calatayud - D.E.A.**  
**Rivadavia 1711 - Bs. Aires**

**Contratapa: Juan Carlos Onetti**  
**Dibujo de H. Sabat**  
**Diagramación de tapa: Armanda Paiva**  
**Impresión a cargo de Walter Pontatti**  
**Coordinador: Francisco Squeo Acuña**

## Sumario

### 3 Editorial

**Edgar Bayley**

### 4 Poemas y prosa

**Carlos Astrada**

### 13 El verdadero sentido de la dialéctica

**Raúl Sciarretta**

### 18 La filosofía de Hegel como problema

**Alberto Vanasco**

### 25 Hegel o la crisis del humanismo

**Juan Carlos Martini**

### 33 Juan Carlos Onetti o escribir en Latinoamérica

**Juan Carlos Onetti**

### 37 Cuento

**Eduardo D'Anna**

### 54 Poemas a Rosario

### 59 Primer certamen Macedonio de Poesía Argentina

**Pedro Orgambide**

### 61 Cuento

**Cassiano Ricardo**

### 70 Poemas. Selección y traducción de Andrés Fidalgo

"No venimos tan bien informados como Macedonio que llegó exacto el primer día de su era; si arriba un día antes no tiene donde acomodarse en el tiempo."

MACEDONIO FERNANDEZ

Siguiendo a nuestro maestro Macedonio nos alegramos de que la aparición de nuestra revista haya coincidido con su número 1. Un poco antes y no habríamos encontrado número para empezar. Esa coincidencia hace que este número sea el 8 y no otro cualquiera. Es decir, nos alegramos de haber comenzado, al parecer, en el momento preciso en que era necesaria una publicación como la que nosotros aspirábamos a hacer y tratamos de realizar. La acogida que ha recibido Macedonio, las respuestas que nos han llegado, la difusión alcanzada, el apoyo de todo tipo que se nos ha brindado para seguir adelante, nos prueban, al cabo de dos años de aparición regular, que no éramos nosotros solamente los que pensábamos en una revista latinoamericana y popular de arte y literatura. Por lo tanto, agradecemos a todos aquellos que al leernos o al escribirnos hacen posible que Macedonio tenga "donde acomodarse en el tiempo".

© Copyright: Calatayud - D.E.A.

Registro de la Propiedad Intelectual en trámite.

Queda hecho el depósito de ley

Se terminó de imprimir en los Talleres  
Gráficos Calatayud S.C.A. Calatayud 3856  
Bs. Aires, en el mes de octubre de 1970.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Los Directores

Los Editores

## Edgar Bayley

### del aire

del aire insomne deslastrador ahito  
de la tierramarra me voy  
despego el desencuentro error el paradero  
del quejido puerto me voy  
voyme a puro trapo partiendo ausculto  
y en flor en díapresto en pejesapo  
se vuelve el llanto aquel tanto deseo  
salirme de este nombre esta ganzúa  
del facistol me voy me zafo me hago  
dientes  
quiero partir partirme  
ser otro con los otros  
y volver a indagar al gran másotro  
al que me calla y hurta la mesnada

### itinerario

debajo de este año de este calendario  
a la hora en que el ave revolotea alrededor  
del dorado mascarón del rocío  
y se suceden gentes y pulsos y aire  
don juan da zapatetas en su postrer  
jornada  
ilumina rincones amarillos  
y resuena un quién eres en el vellón del  
llanto  
a medianoche debajo de aquel día minuto  
partido sueño  
entonces como ahora repaso los tejados  
armado de un limón de una madera de un  
guante bailarín  
qué sangre sube y tiñe tu cielo de  
espadañas  
y a qué topo encomiendas tu arcón vacío  
el tragaluz por donde llegará la aurora  
el fin de todo abanico parasol lavabo y ojo  
este será tu camarote aquí aprenderás a  
descifrar  
el viento que barre los eclipses y las dudas  
del cedro  
y al huésped reflejado en la gabarra  
anclada  
con los ojos de ayer con los de hoy  
por debajo de todo calendario  
clemencia del humo  
claridad del vertedero

## amigos

perderás la cabeza en la calle desierta  
en la calle del triángulo rojo  
vuelvan todos a sus asientos: es un sueño  
común  
esa comba brillante es el mar desfondado  
en la terminal habrá de estar  
ciudad que recorro en todas direcciones  
viento jacarandá  
te he encontrado en las primeras horas de  
la mañana  
y pasamos por sobre los tejados y las  
grandes pilas de bacalao  
por este túnel por este túnel  
que me estoy yendo y te dejo mi gorra  
de colores  
que me pierdo en otro sueño  
en este bosque en este vals  
pianobarrioniña  
un zaguán estrecho muñeco piano  
crepuscular  
fina lluvia al borde de la mesa  
a las siete de la tarde

## horario

a lo largo de los postigos escarchados  
sobrenadando armarios y frágiles  
murmullos  
en multiplicaciones en estaciones y grifos  
atravesando días con escamas y cubiertas  
llenas de pies desnudos  
navegando hacia el silencio hacia el  
nacimiento  
la cabeza más pesada que las estrellas  
todo el tiempo aguardando en el sillón  
catapulta  
más lejos más lejos que mis ojos  
que la calle deshojada  
y el arenal donde buscas una cierta voz  
un racimo  
más lejos que el patio donde aletea  
el indolente pájaro  
pero viajero al fin viajero de puro  
preguntar  
de sombras de costumbres  
viajero axil fragmentario puro alfabeto  
fruto del olvido

## y cuando vuelva

y cuando vuelva el ángel solo y  
diga no  
y cuando vuelva  
en el rastro frío (desvelo memoria  
y hambre)

se levanta el mudo testigo y la fruta se  
abre  
el miedo destila su ración de impotencia  
y vacío  
cuchillas tormentas caída crepitante de las  
ciudades en derrota  
halcones feudos del horror senderos bajo  
el agua de la frontera  
dónde dónde interrogar  
ganar espacio

y cuando vuelva  
campos casas mañanas  
tendrán un armonio nuevo  
alas una luz diferente

## noticias

para saber de mí me he puesto el traje aquel  
el peine la visera y he recorrido en pocos  
ademanos  
la calleja la gloria y toda lámpara  
oh mi dios mi dios cuánta ternura en un  
carbón  
en la pared rugosa en mi casa en mi papiro  
estas vísperas digo estas vísperas de cambio  
y sueño y lluvia y confusa sacudida  
a punto llegan a mi trapo ardido  
a punto para llenar de helechos la ventana  
para saber tu nombre tu verdad tu acaso  
el maullador olvido que sube en tu garganta  
recuerdo bien tus llaves y al vecino  
portón de rejas y crepitante parque  
saldré por fin de tanto falso nido  
intimidad que deja en pie cada palabra  
dicha al pasar mientras me arropo y salgo  
y en los dardos de ayer a cal y canto  
en el pan en la voz en la rampa órfica  
y desnuda  
por donde asciendo a trompicones  
esperando  
con llanto desigual con grito mudo  
allí sorprende ardores un destrozado simio

expuesta mano al sol ahumada envejecida  
sin labios ya me sorbo mis harapos  
mangoneo así tanta vaharada oscura  
y me deslío a pedradas hacia abajo  
muñón llameante florecido de espanto

y pura oreja  
epifanía al fin voráGINE que aprieta  
el turbio amor y la esperanza ahíta  
de tanto lecho monocromo violencia sin  
sentido

pero a todos a mí nos ingurgita y lanza  
opio temible bruñida radiación  
la misma latitud el mismo buitre.

## El perfecto pescador de caña

El pescador de caña ha venido a sentarse a orillas del río. Ha dejado su caña a un costado, una caja metálica, una cesta. Permanece inmóvil mirando a lo lejos, mientras las aguas corren hacia el remanso próximo. El pescador está como ausente, no espera nada. A lo lejos surge una canoa. Una mujer joven rema suavemente. Se acerca. Sonríe y pasa. El pescador ha olvidado el nombre de la mujer que marcha hacia el remanso y vuelve a mirar a lo lejos. De un monte surge un cazador que dispara su arma. El pescador cae al río y las aguas enrojeadas lo llevan hasta el remanso, hasta la mujer sin nombre que lo espera.

## Saber la hora

Aquellas aguas tenían propiedades excepcionales. Curativas, estimulantes, transformadoras. Eran de un color rojo y surgían a una elevada temperatura. Se las habían recomendado a mi amigo. Para curarlo y transformarlo. Para que aprendiera a trabajar más, a no desaparecer tan a menudo, a no demorarse entre la fronda, a no cubrirse con ramazones que bien mirado poco o nada ocultaban. Para que aprendiera a no confiar en el olvido y le inventar un nombre al corazón. Para saber la hora y estarse adentro.

Un día, como otros muchos, el espectáculo estaba por comenzar. Era en un pequeño teatro en el parque de atracciones. Unas pocas filas de sillas, un tablado, un telón raído. A la entrada, el Dr. Pi Torrendell procuraba con un altavoz interesar a quienes pasaban por allí. Algunos de los artistas que participaban en el espectáculo daban muestras de sus habilidades: el forzado, el tragafuego, el amnésico, Max, cuyos poderes sobrenaturales le permitían lograr la levitación universal. Pero nadie se acercaba a la boletería. Nadie entraba. El Dr. Pi Torrendell pidió entonces a Max que hiciera allí su número. gratuitamente, a la vista de todos. Ante el anuncio la gente comenzó a congregarse.

—Yo mismo me ofrezco para que Max ejerza sus poderes sobre mí.  
El Doctor se extendió en el suelo. Max se sentó a su lado y se concentró unos instantes. Poco a poco, el Doctor, tieso, con los ojos cerrados, comenzó a elevarse. Llegó a la altura del cartel del teatro. Allí se detuvo un momento para reiniciar en seguida un ascenso veloz que lo hizo desaparecer entre las nubes. El forzado tomó entonces el altavoz y siguió proclamando las bondades del espectáculo. El público se fue disgregando. Nadie se acercó a la boletería. Nadie entró. ♦

Diógenes Laercio (IX, 25) destaca que Aristóteles llamaba a Zenón el "inventor de la dialéctica", lo que según Burnet "sin ninguna duda es verdadero"... "El método de Zenón consistía, de hecho, en tomar uno de los postulados fundamentales del adversario y en deducir de él dos conclusiones contradictorias. Esto es lo que Aristóteles quería decir llamándolo el inventor de la dialéctica, que es justamente el arte de argumentar, no partiendo de premisas verdaderas sino de premisas admitidas por la otra parte".<sup>1</sup> A su vez Zeller hace notar que esta dialéctica de Zenón suministró en lo sucesivo gran parte de sus armas a la erística de los sofistas.<sup>2</sup>

También, para Hegel, como lo expone en sus *Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie*, en los eleatas está el inicio de la dialéctica, la que aparece en el movimiento puro del pensar, en los conceptos, y, a la vez, en la oposición entre el pensar y la existencia sensible. En el capítulo que consagra a Platón, nos dice, incidentalmente, que la dialéctica de los eleatas es el hacer externo del sujeto y que el propósito de aquél es mostrar, en la dialéctica eleática, la contradicción, la que es recogida y valorada en la dialéctica objetiva de Heráclito. La dialéctica que Hegel llama externa es, según éste, la que Platón tiene, por una parte, en común con los sofistas. Ella, explica Hegel, es propia del filósofo formal, el que no puede considerarla de otro modo que como si ella fuese el arte de embrollar lo representado o también los conceptos, y exhibir la nihilidad de los mismos, de modo que su resultado sea sólo negativo.

Pero, aparte de este significado, proveniente de la erística, *dialéctica* tiene otro que arranca polémicamente de la concepción eleática del ser. Para comprender cabalmente lo que significa la estructura de "dialéctica", lo mejor es remontarnos



a la génesis conceptual y lingüística de la palabra *dialectiké*. Dialéctica, de la raíz dicotómica *dia* tiene, paradójicamente, su origen en Meliso, el que adhiere a la concepción parmenídea del ente uno, indivisible e inmóvil y niega por lo tanto que el ente sea escindible. Afirma: "Si el ente es dividido, entonces él se mueve. Pero si se mueve, entonces cesa en su ser".<sup>3</sup> Esto es consecuencia de la negación por parte de Meliso de todo cambio en el ente: "Si algo cambia, entonces el ente se aniquila y surge el no-ente".<sup>4</sup> En contra de lo sostenido por Meliso, las cosas todas, empero, están sujetas a un devenir, en él pasan de mutación en mutación. A la duración de los intervalos que registran en su cambio, Meliso —hipótesis que él excluye— la designa con la palabra *diarma*. Después, Aristóteles caracteriza tal escisión entre las cosas con la palabra *diastema*. Los dos términos significan separación, distancia, apartamiento de las cosas entre dos límites. Es decir, que en el fluir de las cosas, en su proceso, abrimos una fisura. Merced a esta escisión en el devenir de lo real, de las cosas, logramos un enlace conceptual y dinámico entre ambos límites de lo separado, y esto permite al ente surgir en un nuevo aspecto, que le sería esencial. Ilustra sintomáticamente la génesis conceptual de "dialéctica" (proveniente de *diarma* y *diastema*) el hecho de que Aristóteles designa a las partes —las proposiciones— que integran el silogismo (el que es una unidad por obra del trámite judicativo) con el nombre de *diastémata*.<sup>5</sup>

La cuestión fundamental que polariza el pensamiento presocrático en sus dos más grandes representantes, Parménides y Heráclito —permanencia e inmovilidad y cambio y devenir—, la decide Heráclito, que asigna primacía decisoria a la mutación y al devenir de las cosas, afirmando la unidad de los contrarios como resultado de su decurso procesal. Podemos decir que con él se inaugura la dialéctica real de las cosas en su proceso cósmico. La mutación, el cambio en el ente fue destacado por Heráclito en un sentido rai- galmente dialéctico, aunque la palabra "dialéctica" no figure en sus "fragmentos". El efesio incluye entre los movimientos del caecer cósmico a nuestro pensar (*logos*), y únicamente por la aprehensión de la esencia de las cosas, en el decurso de su devenir, el pensar llega a ser verdadero. Es así como el pensar se enriquece dialécticamente, es decir históricamente, mediante

el conocimiento. En uno de sus fragmentos enuncia: "Peculiar del alma es el sentido (*logos*), el que a sí mismo se incrementa".<sup>6</sup>

Con respecto a Heráclito, Hegel con *pathos* de descubridor nos comunica la primacía: "¡Aquí divisamos tierra firme!"; se refiere ciertamente a la dialéctica heraclítica, a la que el propio Hegel iba a sistematizar en su verdadera estructura y erigirla en el instrumento apto para dar cuenta de la experiencia y de su devenir en el dominio de la historia y en el de la naturaleza, concibiendo como *experiencia* el proceso de las cosas mismas, en el cual va implicado el sujeto cognoscente.

Después, a partir de los sistemas clásicos del pensamiento griego, adhieren al empleo de la palabra "dialéctica" dos acepciones, una favorable, y otra peyorativa. Con respecto a esta última, es de hacer notar que Platón en su ataque a los sofistas no empleó la palabra dialéctica, precisamente porque aquéllos, de acuerdo con ciertos testimonios, adoptaron para caracterizar su actividad y su posición la designación de dialéctica. Refiriéndose a los sofistas y su actitud, Platón prefiere las expresiones "destreza" para la argumentación, "hablar para objetar" y disputar, tal como se documenta en el texto del *Menón* y el *Fedro*. Dialéctica, al principio, fue el arte del diálogo (mejor, método); así se manifiesta en Sócrates. Según Platón, como lo explica en *E Sofista* y en el *Fedro*, la dialéctica tiene por tarea ascender de concepto en concepto hasta los principios de máxima generalidad.

Aristóteles separa la Dialéctica de la Analítica. Esta tiene por tarea la deducción, cuyo punto de partida lo constituyen premisas verdaderas, que llevan a la demostración; en cambio es función de la dialéctica los razonamientos que conducen a opiniones que sólo son probables. En la Edad Media, a la lógica formal se la designó con el nombre de dialéctica en oposición a la retórica; juntamente con la gramática, las tres disciplinas articulaban el *trivium*.

Para esclarecer, como lo hace Hegel, la concepción de la dialéctica, hay que retomar la dialéctica en Platón, quien la valora positivamente, aunque en sus diálogos ella ofrece cierta imprecisión. No se trata del arte de conversar, como se la considera cuando ella aparece en los diálogos socráticos, sino de un método de esclarecimiento. En este último sentido, como lo explica

Julius Stenzel, "el nombre de dialéctica proviene del hecho de discutir (*dialégesdai*) y en común llegar a un acuerdo mediante la separación de las cosas en géneros".<sup>7</sup> En *El Sofista*, Platón nos dice que buscando al sofista descubre al filósofo, porque es propio de la ciencia dialéctica dividir en géneros sin tomar la misma especie por otra (*Soph.*, 253 d). Aquí "se le asignan al dialéctico dos actividades que se corresponden recíprocamente".<sup>8</sup> Estas actividades son el análisis y la síntesis, enderezadas a la definición. Ya al comienzo de *El Sofista* se ve claramente que el método platónico de dilucidación es el del desdoblamiento de los conceptos, el de la *diairesis*, que siempre conduce a la definición.

Como Hegel perfectamente lo ha dejado señalado en el capítulo que, en sus *Lecciones sobre la Historia de la Filosofía*, dedica a Platón, el sentido de la verdadera dialéctica es mostrar el movimiento necesario de los conceptos puros, no como si este movimiento los anulase o los disolviese en la nada, sino que precisamente él es la simple expresión del resultado: ellos son este movimiento, y lo universal es la unidad de tales conceptos opuestos. "La perfecta conciencia —afirma Hegel— sobre esta naturaleza de la dialéctica no la encontramos por cierto, en Platón, pero ella por sí misma ha conocido de esta manera la esencia absoluta en los conceptos puros y la descripción del movimiento de estos conceptos. Lo que dificulta el estudio de la dialéctica platónica es este desarrollo y la mostración de lo universal a partir de las representaciones".<sup>9</sup> Insiste Hegel en señalar que el detallismo de Platón por traer a la conciencia una representación universal, la que tenemos ya sin ulterior esfuerzo, termina por producirnos hastío. "Esta dialéctica es ciertamente ya un movimiento del pensamiento, pero en lo esencial sólo de manera externa y necesaria para la conciencia reflexiva a fin de dejar surgir lo universal, lo que es en y para sí, invariable e inmortal. Estos dos primeros aspectos de la dialéctica, para disolver lo particular y de esto modo producir lo universal, no son aún la dialéctica en su verdadera estructura".<sup>10</sup>

16 Sobre la base de su penetrante crítica de la dialéctica de Platón, el que se mantiene en el terreno de la representación, a pesar de haber reconocido la interna dinámica de los conceptos, Hegel nos muestra la verdadera estructura intrínseca de la dialéctica. Esta no se limita, como acontece en la dialéctica platónica, a acceder a

lo universal, sino que tiende a la síntesis que involucra y clarifica lo particular, y abre, así, el camino a nuevas síntesis dilucidativas. En esto reside la grandeza y fecundidad de la dialéctica hegeliana, en su apertura a nuevos y más altos estadios procesales. ♦

---

\* Del libro de próxima publicación *La dialéctica de la filosofía de Hegel* (Introducción).

1 Burnet, *L'Aurore de la philosophie grecque*, trad. fr., págs. 359-360, París, 1919.

2 Véase *Die Philosophie der Griechen*, 1 Teil, 1 Hälfte, pág. 748, 6 Aufl., ed. Nestlé.

3 Diels, *Fragmente der Vorsokratiker*, Melissos, frag. 10, Bd. I, pág. 275, 11 Aufl., Berlin, 1964.

4 *Ibidem*, frag. 8 (6), pág. 275.

5 *Primeros Analíticos*, I, 4, 33.

6 Diels, *Fragmente der Vorsokratiker*, Heráclito, frag. 115, Bd. I, pág. 176, ed. cit.

7 *Studien zur Entwicklung der platonischen Dialektik von Sokrates zu Aristoteles*, pág. 188, 2 Aufl., Verlag Teubner, Leipzig, 1931.

8 *Op. cit.*, pág. 62.

9 *Die Philosophie Platons* (Ungekürzter Auszug aus den Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie) —de acuerdo al texto redactado por Bolland, Leiden, 1908—, pág. 61 m Stuttgart, 1962.

10 *Op. cit.*, pág. 63.

## LA FILOSOFIA DE HEGEL COMO PROBLEMA, por Raúl Sciarretta

"...Imponer la razón nos parece una violencia insigne, puesto que la razón se impone por sí misma. Y aquí no podemos desprendernos de una idea, que en muchas formas se desliza en nuestro espíritu: la veracidad es una psicosis, es en particular la psicosis profesional del profesor."

GASTON BACHELARD, "Lautréamont"

Los escritos de Hegel anuncian una filosofía que avanza más allá de los límites de su propio sistema, no por gracia del demiurgo hegeliano de la realidad, el Espíritu, o de la Razón que se mueve a sí misma, sino que es producto de un trabajo fecundo sobre materiales históricos significativos, y de la teorización de los contenidos objetivos del conocimiento científico. Esos escritos conservan su propio "secreto", cuyo sentido desconocido, negado y reprimido está sepultado, aunque no muerto, en una historia cuyos actores siguen siendo los filósofos hegelianos de derecha e izquierda, incluidos los marxistas hegelianos.

La portentosa escritura de la *Fenomenología del Espíritu*, de *La Ciencia de la Lógica* o de la *Filosofía del Derecho*, esconde debajo del ilusorio Saber absoluto una interna estructura objetiva. El Dios-espejo de los escritos del joven Hegel, la identidad sujeto-objeto y sus círculos dialécticos se sostienen con las mismas palabras de Hegel:

En *La Ciencia de la Lógica*: "...el avanzar es un retroceder al fundamento, a lo originario y verdadero, del cual depende el principio con que se comenzó y por el que en realidad es producido. Es así como la conciencia, partiendo de la intermediación, con la que comienza, vuelve a ser llevada por su camino al conocimiento absoluto, como a su verdad más íntima. Este último, el fundamento, constituye, pues, también aquello de donde surge el Primero, que primitivamente se presenta como la verdad más concreta, última y más elevada de todo ser, resulta aún más reco-

nocida como lo que *al final* del desarrollo se enajena con libertad y se desprende en forma de ser inmediato: es decir, que se determina a la creación de un mundo que contiene todo lo contenido en el desarrollo que precedió al resultado, y que, por esta posición invertida, con respecto a su comienzo se transforma en algo que depende del resultado, como de su principio. Para la ciencia lo esencial no es tanto que el comienzo sea un inmediato puro, sino que su conjunto sea un recorrido circular en sí mismo, en el que el Primero se vuelve también el Último, y el Último se vuelve también el Primero." (*La Ciencia de la Lógica*, Libro I, p. 92. La bastardilla es nuestra.) La filosofía de Hegel culmina la historia de las interpretaciones del autoconocimiento metafísico del hombre; Galvano Della Volpe sostiene que en Hegel se consume el viejo mito platónico del "conócete a ti mismo". Es el movimiento que va desde el absoluto olvido, o desconocimiento, al total reconocimiento o Saber absoluto, o sea la identidad originaria se despliega en una historia de contradicciones que son simples mediaciones para un final que establece, concilia, todo en la identidad.

La lectura de la filosofía de Hegel está afrontada, aunque no resuelta, desde las elaboraciones críticas del joven Marx. En *La Sagrada Familia* o *Crítica de la Crítica Crítica*, Marx traza una demarcación que permite diferenciar en el producto teórico los resultados especulativos y las conclusiones válidas del análisis: "...Hegel se las arregla con maestría sofística, para representar el proceso en que el filósofo pasa de un objeto a otro por medio de la intuición sensible y de la representación como el proceso del mismo ser intelectual imaginado, del sujeto absoluto. *De otra parte, Hegel nos ofrece con mucha frecuencia dentro de la exposición especulativa, una exposición real, en la que capta la cosa misma.* Y este desarrollo *dentro* del desarrollo especulativo induce al lector, equivocadamente, a tomar el desarrollo especulativo como real y el desarrollo real como especulativo." Esta crítica de Marx, todavía nominalista, brinda una preciosa demarcación para la lectura, ya que lo que Hegel piensa no se confunde con lo que se inscribe en su sistema o en su dialéctica.

La historia actual del pensamiento de Hegel también se moviliza en la irrupción subversiva (no de la dialéctica "revolucionaria" enfrentada al

sistema "reaccionario", según el modelo de Engels), sino en cuanto producción teórica (no = sistema, ni = dialéctica) que se incorpora a la historia de las "formas de pensamiento" relativas a las formaciones científicas y las formas de las ideologías de clase.

Una lectura materialista de Hegel puede puntualizar la autonomía sintáctica y semántica de los contenidos objetivos de las categorías hegelianas como significados diferenciables del sentido de su inscripción o dicho de otro modo hace falta discriminar y vincular la autonomía de las categorías (nivel productivo) y su inscripción en un sistema (nivel del modo de producción de una formación filosófica).

Una nueva lectura de Hegel se viene actualizando desde el marxismo. Producir la lectura de Hegel desde Marx significa contar con los medios teóricos que permitan descifrar los textos hegelianos para establecer el valor de su contribución histórica, la necesidad de su rectificación y el replanteo de su problemática que se decide en el espacio que abre el materialismo histórico, o ciencia de la historia, y una nueva práctica filosófica instaurada en *El Capital*.

El planteo relativo a la filosofía hegeliana como problema no puede constituirse para el marxismo como el enfrentamiento de una filosofía con otra, de modo que se tratara de hacer *filosofía de la filosofía* de Hegel. Para resolver esta cuestión es necesario preguntarse en qué consiste la novedad de la contribución de Marx. Esto exige retomar el viejo debate sobre el *pasaje* de Hegel a Marx. Una interpretación muy difundida, y aquí no estamos haciendo la historia de esas interpretaciones, sostiene que Marx aplicó la dialéctica hegeliana "revolucionaria" no al desarrollo de la Idea sino al acaecer real y que así se constituye una filosofía no contemplativa, sino de la transformación, o filosofía de la praxis. Pero esa interpretación remite a un simple cambio de actitud, a un recurso de aplicación, vale decir, no contemplación sino acción, consigna que no sólo es inoperante ya que no posibilita la práctica revolucionaria sino que es su obstáculo a un tiempo que descalifica la función de la Teoría. Esto comienza a aclararse cuando se localiza la novedad de Marx como replanteo y cambio de terreno no en el orden filosófico sino en el científico. La relación fundamental que define la ruptura epistemológica (pasaje de lo pre-científico a lo científico) en el sentido de Bachelard se ubica en la

relación Marx (*El Capital*)-Ricardo (el más alto representante de la economía clásica). Los análisis de Althusser (*Para leer El Capital*) y de Alain Badiou (*El recommienzo del materialismo dialéctico*) son una contribución decisiva para reformular desde la ruptura que explica la relación de Marx respecto a Ricardo (que no es salto cualitativo hegeliano) y hace inteligible el otro efecto de la misma ruptura, o sea la que Marx consume en *El Capital* con respecto a la filosofía de Hegel.

La problemática de la filosofía puede formularse partiendo de la siguiente distinción necesaria: 1) la filosofía de Hegel como problema en tanto se la reconstruye como objeto formal abstracto (no producido como conocimiento científico, sino que es reflexión filosófica = discurso categorial compuesto sintéticamente con recursos de la concepción científica y de nociones traídas de las ideologías); 2) esa reconstrucción es múltiple tarea lógica, epistemológica, ideológica, previa a su valoración propiamente filosófica (materialista); 3) la filosofía y el pensamiento de Hegel se diferencian, siendo el primero sistema metafísico-dialéctico-idealista, mientras el segundo es lo que Heidegger señala como Im-pensado e interpreta como una marca, señal de la potencia del No-ser y que siguiendo la crítica antilacianiana y anti-hegeliana de Badiou proponemos leer como la carencia de marca del discurso hegeliano que nos imponen seguir pensando. Lo grande de Hegel es precisamente que nos moviliza a pensar aunque ese pensar necesario y posible no sea ya hegeliano, no pueda ya volver a ser hegeliano. Esa segunda lección es la que trae el materialismo y la dialéctica del Marx de *El Capital*.

Los resultados de las investigaciones de Althusser y de Badiou muestran que desde Hegel o desde el Marx joven es informulable la problemática de la misma filosofía hegeliana. Es la ciencia de la historia al producir una teoría de los modos de producción la que ha definido la historia económico-social con su tiempo propio y sus discontinuidades permitiendo refutar la ideología hegeliana de la historia concebida como continuidad expresiva, no estructural del desarrollo del Espíritu. Sobre esa base Marx funda la Economía Política, ciencia regional de la instancia histórica, y produce una ruptura epistemológica que es doblemente resolutive. La ciencia económica no es puramente analítica (método de la economía burguesa anterior y posterior a *El Capital*), sino

que el análisis determina dialécticamente el lugar de la instancia económica en el todo complejo articulado de la sociedad capitalista. El hilo conductor que permite definir la novedad de Marx por recurrencia, en el sentido de Bachelard, es la historia teórica del método de la Economía Política. La crítica de Marx a la economía de Proudhon en la *Miseria de la filosofía* contrapone a la *abstracción hegeliana*, el análisis científico. Hegel procede de abstracción en abstracción y afirma la autonomía racional en unidades pensadas según el esquema Idea-hecho-idea. Galvano Della Volpe ha mostrado que la crítica de los *Manuscritos* de 1844 se apoya en la crítica de Feuerbach, quien prueba que Hegel convirtió la empiria en especulación, mientras Marx caracteriza la conversión hegeliana de la especulación en empiria. Hegel interpola los datos en el proceso del pensamiento. El análisis científico de los materiales económicos se trabaja en el período de Marx que va de 1848 a 1857. Es en la *Introducción* de 1857 donde está redefinida la abstracción científica como interior al análisis. Por tanto, análisis científico dialéctico, dialéctica de lo abstracto y lo concreto. Como aclara R. Araud (*Actes du XIV Congrès des Sociétés de Phil. de Langue Française*), la idea hegeliana es sólo abstracción, o sea mera circularidad ya cuestionada por Aristóteles y Joyce: "El pensamiento es pensamiento del pensamiento". O sea, Hegel no sólo ha confundido la abstracción con el análisis sino que ha identificado el proceso del pensamiento con el proceso real. La diferencia de lo abstracto y lo concreto se da en el seno del análisis, por eso lo abstracto y lo concreto de Hegel no tienen la misma significación en Marx. La *Introducción* de 1857 abre la polémica epistemológica y filosófica relativa a las categorías, teoría y método de la economía política, en su definición productiva (estructural y reproductiva (histórica)).

En el punto de partida de *El Capital* el análisis de la mercancía exhibe ejemplarmente el análisis de un objeto real social (no especulación sobre conceptos) que se mueve dialécticamente; es análisis dialéctico (= análisis materialista y dialéctica que produce conceptos formales-abstractos y formales-concretos). "La indiferencia con respecto a un género determinado de trabajo presupone una totalidad muy desarrollada de géneros de trabajos reales, de los cuales nin-

guno domina más sobre los otros. También las abstracciones más generales no se producen sino donde existe el desarrollo concreto (real) más rico, donde algo aparece como común a muchos individuos, común a todos [...] La indiferencia con respecto a un trabajo determinado corresponde a una forma de sociedad en la cual los individuos pueden pasar con facilidad de un trabajo a otro y en la cual el género determinado de trabajo es fortuito [...] Aquí el trabajo ha llegado a ser no sólo categorialmente sino realmente un medio de producir riqueza en general y ha cesado de confundirse con el individuo como un destino especial."

Al referirse a un "todo concreto pensado" Marx pone en claro que el conocimiento de un proceso real no borra sino que precisa la diferencia entre proceso de conocimiento y proceso real. Ahí está la clave filosófica del materialismo de Marx que Althusser desconoce. Un pasaje de la *Introducción* es definitorio del materialismo que científicamente se funda por recurrencia: "Para la conciencia —y la conciencia filosófica está hecha de tal manera que para ella el pensamiento que concibe constituye el hombre real y, por consiguiente, el mundo solo aparece como real una vez concebido—, para la conciencia, el movimiento de las categorías aparece como el acto de producción real —que recibe un impulso de afuera— cuyo resultado es el mundo; y ello (pero ésta es también una tautología) es exacto en la medida en que la totalidad concreta, como totalidad pensada, como concretum de pensamiento, es de hecho un producto del pensar, del concebir; no es en modo alguno el producto del concepto que se engendra a sí mismo y que concibe fuera y por encima de la percepción y de la representación, sino que es la elaboración de la percepción y de representación en conceptos."

Para establecer la diferencia entre el método de análisis dialéctico de Marx y el método filosófico de Hegel hace falta considerar no sólo el nuevo concepto de abstracción diferenciado desde el análisis científico sino que es fundamental aclarar la novedad del materialismo que hace posible *El Capital*. Los estudios de Althusser o lecturas son sordos a la novedad de la dialéctica y desde una práctica teórica que tiene privilegios de autonomía al punto de tener en sí misma su propio criterio de verdad, aunque marca una etapa decisiva en las críticas al empirismo, anula la positividad del aporte materialista de Marx en

el problema del conocimiento objetivo. La cuestión de la filosofía de Hegel como problema se afronta siguiendo los caminos de una nueva práctica filosófica que abierta por Marx ha sido madurada contemporáneamente por Gaston Bachelard. Este filósofo ha trabajado una teoría materialista y dialéctica del conocimiento; Marx produjo la teoría de los modos de producción de las formaciones económico-sociales. Por eso podemos sostener que el materialismo dialéctico de Gaston Bachelard es el punto de partida para un planteo coherente del problema de la filosofía hegeliana, sobre la base de una epistemología histórica de las ciencias y sus modos de producción. Eso permite fijar un doble encuadre para formular el problema de la filosofía

de Hegel:

- 1) Investigación y determinación de la construcción del sistema hegeliano y de sus principios y de la mecánica de operaciones (la dialéctica) y de sus conclusiones en función de la determinación de las ciencias que Hegel trabajó como materia prima. Pensamos centralmente en la función determinante de la matemática en la producción de las categorías de la Lógica hegeliana.
- 2) Interpretación de los contenidos imaginarios en los resultados de la Fenomenología, y en las figuras de la Estética.
- 3) Reinscripción de Hegel en una historia materialista de la filosofía que cumpla en señalar el emplazamiento en la historia teórica de las formaciones filosóficas.
- 4) Reinscripción de la doctrina hegeliana en el contexto de las formaciones sociales.

Esa tarea epistemológica entendida en sentido bachelardiano es una condición teórica necesaria para la crítica filosófica de Hegel, vale decir, de la crítica que asimila lo perdurable de la praxis hegeliana en los desarrollos de la nueva práctica del materialismo dialéctico.

Se cumplen dos siglos del nacimiento de Guillermo Federico Hegel y un testimonio de su grandeza es su nuevo renacer problemático no como motivo de ejercicio del pensamiento discursivo sino porque se incorpora al destino del marxismo que se define filosóficamente como una ruptura con Hegel. La filosofía re-comienza como enseña Bachelard, y el re-comienzo del materialismo dialéctico está entrañablemente unido a la lucha revolucionaria del marxismo. Hegel ha muerto, su ideología está moribunda, vive su pensamiento que es historia. ●

## HEGEL Y LA CRISIS DEL HUMANISMO, por Alberto Vanasco

*“Sea como fuere, todo aquí está en movimiento y como en agitaciones de parto. ¡Entonces, dignos compatriotas, recomencemos otra vez! Así lo aconsejaba Herodoto, gran farol de la Historia, que sabía un kilo. ¡Y adiós, que me voy!”*

LEOPOLDO MARECHAL, “Megafón, o la guerra”.

No se trata, como ya ha señalado Adorno, de hacer una nueva apreciación crítica del pensamiento de Hegel sino más bien de preguntarnos qué significa el presente ante su filosofía. Pero para situar nuestra época con respecto a su obra es necesario ir un poco más allá e interrogarnos sobre la influencia que la misma ha ejercido a lo largo de estos 163 años transcurridos desde la publicación inicial de la *Fenomenología*.

La influencia que aquí nos interesa destacar no es tanto la que se evidencia en las formas de la cultura, donde ya ha sido suficientemente examinada, sino la que se ha hecho, y se hace sentir en el desarrollo de la totalidad del sistema de vida en el que todavía nos hallamos inmersos, tomado como un momento del proceso que Hegel reconoció y al cual él mismo quedó incorporado al imprimirle una nueva dirección y un sentido diferente.

¿A qué se debe, en primer término, el efecto extraordinario causado por sus ideas filosóficas en el pensamiento de occidente? No puede decirse, por cierto, que se deba a sus obras en conjunto, tomadas como sistema, ya que ninguno de los muchos y arduos intentos realizados para definir, descifrar o fijar sus especulaciones intelectuales ha podido verse hasta hoy recompensado por el éxito. Los resultados obtenidos han sido siempre parciales, contradictorios y confusos como el mismo pensamiento que trataban de desentrañar. Son, entonces, sin duda, muchas y diversas las causas que han contribuido a sostener durante más de un siglo y medio el interés y la admiración de la posteridad por esta obra polifacética y polivalente. Una de ellas, para empezar por la menos im-

portante pero no por eso menos extraordinaria, ha sido su lenguaje, un lenguaje criptico y cifrado, de una belleza que la filosofía desde Platón no había tenido igual, y más tarde, tal vez, sólo comparable al de Nietzsche; un lenguaje que por momentos da la impresión de ser ininteligible pero que atrae y subyuga a medida que se descifra, que se va desentrañando su sentido, que se comprueba que hay señales y guías que línea a línea van cobrando significado; un lenguaje, además, que fue dando todo el arsenal de fórmulas que la filosofía moderna necesitaba para abarcar la realidad, que acuñó los conceptos y las expresiones que hasta hoy han dado forma a la especulación filosófica. Pero una de las razones que dieron trascendencia a la obra de Hegel, además de su lenguaje, fue la finalidad a que lo sometió, es decir, lo que se propuso en el dominio de la filosofía. Luego de los grandes sistemas críticos, el último de los cuales, el de Kant, había quedado circunscripto a una mera teoría del conocimiento y había desembocado, a través del pensamiento de Fichte, en un idealismo radical, Hegel reanuda la filosofía especulativa. Y lo hace, además, tratando de desarrollar una concepción monista del mundo en que lo subjetivo y lo objetivo se integraran naturalmente como evidencias. Otra vez, desde los griegos, nadie había intentado con tanto denuedo y amplitud aventurar una explicación del mundo como totalidad. El intento de trascender la subjetividad para acceder al mundo objetivo había fracasado sistemáticamente y es Hegel quien, con un amplio movimiento de pinzas, va a intentar fundar la posición sintética entre sujeto y objeto, entre intimidad y exterioridad, es decir, entre lo que él llamó el *ser para sí* y el *ser en sí*. Este intento conciliador habría de llevar, sin embargo, a la primera disidencia suscitada entre sus seguidores, quienes se dividieron en una izquierda y una derecha según acentuaran lo sustancial o lo espiritual de su fórmula integradora, extremos que según él no sólo no era necesario enfatizar sino que resultaba imposible hacerlo.

26 Pero aparte del interés que esta concepción de la realidad podía provocar, aunque se la redujera a una descripción acrítica del mundo tal como nos es dado, a lo largo de su desarrollo fueron surgiendo ideas, intuiciones, definiciones que iluminaron de pronto el horizonte del pensar abriendo perspectivas hasta ese momento in-

sospechadas para la investigación filosófica: sean ya el principio dialéctico de la negatividad, el sentido de la enajenación, la determinación de la esencia del hombre, la nueva comprensión de la historia, etcétera.

Y son estos aspectos los que aquí nos interesan porque tales conceptos, desarrollados al pasar, son los que contribuyeron a modificar, en forma terminante, desde que fueron formulados hasta el presente, el curso seguido por la historia de occidente. El pensamiento en forma de círculo de Hegel nos permite tomar como punto de partida a cualquiera de ellos para llegar a los otros. Ya Marx había señalado en el Tercer Manuscrito (XXIII), que lo "grandioso de la fenomenología hegeliana y de su resultado final" era que descubría la autogeneración del hombre como un proceso, que captaba la esencia del trabajo y concebía al hombre verdadero como resultado de su *propio trabajo*, es decir, que la sustancia del individuo era el patrimonio adquirido de la cultura, la cual, manifestándose ante él como algo exterior, pasaba a constituir su *naturaleza inorgánica*. La formación del hombre, así concebida, dice Hegel en el prólogo a la Fenomenología, consiste que asimila lo dado "y consume y se apropia su naturaleza inorgánica", por lo que el espíritu es su segunda naturaleza, y el mundo material nada más que el "ser-otro" de la idea. Por lo tanto, el individuo tiene validez y realidad nada más que mediante la cultura, y Hegel agrega en el capítulo dedicado al Espíritu: "La verdadera *naturaleza originaria* y la sustancia del individuo es el espíritu del *extrañamiento* del ser natural" y, más adelante: "Esta individualidad se forma como lo que *en sí* es, y solamente así *en sí* y tiene un ser allí real; en cuanto tiene cultura, tiene realidad y potencia".

Haciendo depender al hombre de esa segunda naturaleza y concibiéndolo en función de los demás hombres, Hegel lo situaba en el corazón de la historia, ya que al conocerse a sí mismo, recorre y hace suyo el pasado, que deja de ser una serie de acontecimientos aislados y vacíos de sentido para transformarse en un proceso real de evolución bajo condiciones determinadas. Así a través de Feuerbach, y luego de Marx, la historia se transforma en la verdadera Historia Natural del hombre, en la que ha tenido lugar su acto de nacimiento. El hombre es, entonces, ante todo, un ser genérico y la verdadera histo-

ria no habrá empezado hasta que no sea historia de todos, es decir, que todos los hombres tengan la misma relación —por el solo hecho de ser hombres— con la naturaleza, la cultura, y la riqueza de la sociedad. La historia retrocede, desde este punto de vista, hasta convertirse en una mera prehistoria de una época futura en que se habrá de cumplir totalmente la auténtica esencia de lo humano. El fin de la filosofía no consistía ya, por lo tanto, en una interpretación del mundo sino que se trataba, nada menos, que de reformar la filosofía como tal, y luego el mundo, para lo que se debía acceder al plano de la praxis política y económica. Esta fue la revolución de fondo del pensamiento contemporáneo a partir de Hegel. Su obra dejó como única posibilidad la unificación de la teoría con la praxis al identificar el concepto con la realidad y explicar la esencia a través de la existencia aparente. “El conservadorismo de esta concepción —habría de decir Engels— es relativo; en cambio su carácter revolucionario es absoluto”. El principio de Hegel que consistía en afirmar la unidad de lo racional con lo real era también el principio de Marx. Se trataba, por lo tanto, de cambiar el mundo de una vez por todas para hacerlo definitivamente humano, y esta alternativa es lo que ha dado su fisonomía al desarrollo histórico de los últimos ciento cincuenta años en razón del esfuerzo, del denodado designio que las fuerzas que se oponían al cambio llevaron a cabo para impedirlo.

Esta resistencia al cambio se manifestó en todos los planos, pero sobre todo adquirió la forma de un estímulo incondicional a la técnica y la persecución sistemática del pensamiento humanístico. Ya Bauer, en un trabajo de 1853, *Rusia y el Germanismo*, apreciaba con alarma esta situación: “Las universidades se han vuelto indiferentes; sus profesores de filosofía sólo son repetidores de sistemas anticuados y ya no producen nuevos pensamientos, capaces, como antes, de mover el mundo. La penuria general de la época, su pauperismo espiritual y económico, ha disuelto el interés por los estudios metafísicos. Con derecho el número de oyentes de las universidades decrece cada año, mientras se acrecienta la afluencia a las escuelas profesionales, dedicadas a la enseñanza de la técnica”. En ese mismo tiempo (1857), R. Haym, en su libro *Hegel in su Tiempo*, corroboraba esa impresión: “Esta gran casa de comercio ha quebrado por

que toda esa especialidad está postrada. Nos encontramos, por el momento, en un grande y casi universal naufragio del espíritu y de la fe en el espíritu en general... Ya no es una época de sistemas; ya no es una época para la poesía o la filosofía. En lugar de eso, trátase de un tiempo en el que, gracias a las grandes invenciones técnicas del siglo, la materia parece haberse vuelto viviente. Los más profundos fundamentos de nuestra vida física y de nuestra vida espiritual han sido demolidos y recreados por el actual triunfo de la técnica. La existencia de los individuos, al par que la de los pueblos, han sido llevadas a bases y relaciones nuevas”. Y Plenge repetiría a principios de este siglo, en su obra *Marx y Hegel*: “Ya no tenemos concepción del mundo alguna. ¡Tenemos ciencias! Ciencias particulares que carecen de ordenación coherente dentro de algún sistema total”. Entre tanto, el retorno a Kant que se había dado posteriormente en filosofía no respondía tan sólo al hecho de que los intelectuales burgueses habían dejado de ser una clase históricamente viva, sino al apoyo que dicho renacimiento recibió en todas partes en el ámbito de la difusión cultural.

Esta crisis del humanismo iba a producir, entonces, en el presente, un adelanto técnico desproporcionado con las necesidades reales del hombre, con una ciencia espacial en pleno desarrollo en tanto que el hombre y las guerras asuelan el mundo; con economías de consumo, es decir, de desgaste improductivo como los programas espaciales o el derroche bélico; con juventudes sin valores positivos que se debaten en el rechazo y la autoaniquilación; con la inteligencia que se ejercita viciosamente en el vacío, incapaz de proponerse ya la transformación del mundo; con el peligro atómico y las guerras permanentes; la agresión en contra de la vida en lugar de estar a su servicio, lo mismo de siempre, quizá, pero ahora en el climax decisivo. Un pantano histórico, en que lo que tiene que

sucedir tarda en llegar.

Hay quienes están dispuestos a hacer saltar el mundo antes de admitir el cambio: contra ellos sigue dirigida la lucha, ahora en el punto crítico de su culminación, pues “aparece la nueva figura del espíritu” o todo desaparecerá; los signos todavía no son bien precisos pero ya están allí. Hegel, en el prólogo de la *Fenomenología* nos muestra, con una hermosa imagen, cómo se da el cambio, cuando tiene que ocurrir (si es



que puede ocurrir): "Pero, así como en el niño, tras un largo período de silenciosa nutrición, el primer aliento rompe bruscamente la gradualidad del proceso puramente acumulativo en un salto cualitativo, y el niño nace, así también el espíritu que se forma va madurando lenta y silenciosamente hacia la nueva figura, va desprendiéndose de una partícula tras otra de la estructura de su mundo anterior y los estremecimientos de este mundo se anuncian solamente por medio de síntomas aislados: la frivolidad y el tedio que se apoderan de lo existente y el vago presentimiento de lo desconocido son los únicos signos premonitorios de que algo otro se avecina. Estos paulatinos desprendimientos, que no alteran la fisonomía del todo, se ven bruscamente interrumpidos por la aurora que de pronto ilumina como un rayo la imagen del mundo nuevo".

El mismo Hegel cree, no solo asistir al cambio, sino estar, además, representándolo o, al menos participando de él. No es sólo la transformación que significaba la revolución francesa —la aurora que de pronto ilumina como un rayo— sino lo verdadero que tomaba forma, la esencia que se completaba mediante su desarrollo, el resultado final, es decir, lo absoluto, para decirlo en su idioma, la verdadera figura en que se concreta la verdad. Y él, Hegel, está en la cumbre de esa culminación del espíritu. Lo dice con toda claridad en su discurso inaugural cuando, ya próximo a los cincuenta años y dueño de su "sistema", es llamado a ocupar la cátedra de Berlín, tal vez la primera y la más célebre del mundo en ese momento. Es como si la Santa Alianza y la pacificación de Europa se hubieran llevado a cabo para que el profesor Georg-Wilhem-Friedrich Hegel pudiera consagrarse a su actividad académica y la filosofía "casi reducida al silencio, pueda hacer oír de nuevo su voz: *"En su acción profunda y universal, el espíritu se levanta sobre sí mismo hasta su dignidad propia; la trivialidad de la vida y la chatura de los intereses se disipan, y la superficialidad de la inteligencia y de las opiniones se muestra en su desnudez y desaparece. Esta seriedad profunda que ha invadido el alma es el verdadero terreno de la filosofía. Lo que, por una parte, se opone a la filosofía es la actitud del espíritu que se sumerge en los intereses y la necesidad del día, y, por otro lado, la vanidad de las opiniones; el alma que acomete*

*tal empresa no tiene lugar para la razón, la que no persigue el interés particular.*

Pero "los intereses y la necesidad del día" siguieron prevaleciendo ciento cincuenta años más, pese al solemne anuncio de su impugnador. Esta es la crisis del humanismo que dio lugar durante dicho lapso a un orden social aberrante, a una ciencia enajenada, a literaturas nacionales inocuas e irresponsables, a un callejón sin salida para la inteligencia que se debatió devorándose a sí misma por su incapacidad de ponerse al servicio del cambio del mundo. Hasta entre los mismos continuadores de Hegel se acusó a ese Humanismo, que Marx había asumido, de contraproducente, confundiendo con el humanismo individualista y quimérico que la burguesía tenía interés en imponer.

Pero esta visión del hombre genérico que inauguraba Hegel se fue haciendo un imperativo gracias a las mismas circunstancias, sobre todo por tres de ellas que caracterizan al mundo contemporáneo: el adelanto de los medios de comunicación que han unificado el tiempo y el espacio; los peligros de una conflagración nuclear que amenaza terminar con la especie, y la salida del hombre hacia el cosmos.

Y entre la de toma de conciencia y la toma de la realidad —como sabemos— el trecho ya no es muy largo. ♦

## Obras publicadas y en prensa

### La creación literaria

- Alegría, F. **Los días contados**. 144 pp.  
Aridjis, H. **Ajedrez. Navegaciones**. 248 pp.  
Asturias, M. A. **El espejo de Lida Sal**. 156 páginas (2ª ed.).  
Benedetti, M. **La muerte y otras sorpresas**. 144 pp. (3ª ed.).  
Campos, J. **Celina o los gatos**. 150 pp.  
Cardoza y Aragón, L. **Dibujos de ciego**. 168 pp.  
Clemente, J. E. **Historia de la soledad**. 114 páginas.  
Cortázar, J. **Ultimo round**. Diagramación de Julio Silva. Ilustrado.  
Del Paso, F. **José Trigo** (Premio Villaurrutia 1966). 548 pp. (3ª ed.).  
Fuentes, C. **Zona sagrada**. 200 pp. (5ª ed.).  
García Ponce, J. **El Libro**. 158 pp.  
García Ponce, J. **La aparición de lo invisible**. 248 pp. Ilustrado.  
Navarrete, R. **Aquí, allá, en esos lugares**. 252 pp.  
Navarrete, R. **Luz que se duerme**. 207 pp.  
Paz, O. **Posdata**. 148 pp.  
Paz, O. **Corriente alterna**. 232 pp. (3ª ed.).  
Segovia, T. **Anagnórisis**. 144 pp.  
Varios autores. **Narativa joven de México**. 264 pp.  
Varios autores. **Poesía en movimiento (México: 1915-1966)**. 496 pp. (3ª ed.).  
Viñas, D. **Los hombres de a caballo**. 400 pp. (4ª ed.).  
Yurkievitch, S. **Fricciones**.  
Zaid, G. **La máquina de cantar**. 136 pp.

# SIGLO XXI

## EDITORES S. A.

## JUAN CARLOS ONETTI O ESCRIBIR EN LATINOAMERICA, por Juan Carlos Martini

No podríamos hablar del estilo de Juan Carlos Onetti ni precisar su acabada forma de expresarse —tal vez una de las más logradas y brillantes de las letras latinoamericanas— si no tomáramos en cuenta una de las características más peculiares de su narrativa: la de los personajes en situación, donde lo argumental aparece a través de un prisma que se desenvuelve esencialmente como desarrollo —deslizamiento, consumación, pulimento, exactitud— de la estructura gramatical y, por ende, estilística. Así, pues, algunas de sus novelas, más próximas a los fundamentos del cuento como género literario (como en los casos de Salinger, Cortázar y otros), se diluyen quizás en una atmósfera extendida hacia límites bastante imprecisos, y pierden, como unidad, ese templado vigor, envolvente y meticuloso de sus cuentos. Y sin embargo, de alguna manera, no resulta del todo arbitrario relacionar la obra de un escritor, las consecuencias de su procedimiento creador, con sus circunstancias, sus ideas, su temperamento, sus contextos temporales y geográficos, con todo aquello que, para Onetti y para nosotros, bien puede significar vivir sobrellevar,

padecer, bregar y escribir en América latina.

Si el pueblo de Macondo es en García Márquez la simbólica representación de la inexistencia, la de América latina como nación, en Onetti, antes había sido Santa María quien paradójicamente soportara las penurias y la miseria del sueño diurno, la pesadilla de una realidad concreta y abyecta, tan inaceptable como real, dantesca y repudiada. Cabía, entonces, el desprecio, el escepticismo y, por qué no, el resentimiento. De ahí que los personajes de Onetti si bien tienen en común con los de Roberto Arlt cierta línea dostoevskiana —como dice Ángel Rama en su conocido ensayo sobre Onetti—, “en la actitud agnóstica y rebelde de quienes están interiormente heridos”, invierten no obstante sus mecanismos directamente en contra de sí mismos, contrariamente a los endemoniados de Arlt que utilizan su rebeldía anárquica hacia la realidad que los doblega. El abismo estilístico, por encima de la herencia de Faulkner y de culturas dispares, también se abre como actitud opuesta, aun coherentemente dostoevskiana, de enfrentamiento con la sociedad. En Arlt, siempre algún personaje —o una parte de Arlt— procura poner la bomba definitiva que acabe con el mundo —como una forma de terminar consigo mismo—; mientras que en Onetti el resentimiento perseguirá su propia introversión, la estruendosa soledad, la frustración. La madurez es sólo sinónimo de autodestrucción, la juventud implica la posibilidad de denigrarse. Toda rebeldía terminará con la traición, en el fracaso. A lo sumo, el mundo de Onetti, como el de Arlt, tendrá un punto de contacto con la fabulación épica de García Márquez: la soledad. Escribir, un acto de fe. Pero también la

repulsión, el grito, la náusea. La soledad habitable y rechazada. “Estoy solo —dice un personaje de *El infierno tan temido*— y me estoy muriendo de frío en una pensión de la calle Piedras, en Santa María, en cualquier madrugada, solo y arrepentido de mi soledad como si la hubiera buscado, orgulloso como si la hubiera merecido”. Onetti, ciudadano de la soledad y la sordidez latinoamericanas, junto con sus solitarios personajes, “cada uno pensando en cosas tan distintas y escondidas, pero de acuerdo, sin saberlo, en la desesperanza y en la sensación de que cada uno está solo...” sin que ninguno pueda asomar su cabeza fuera del pozo.

Pero, ¿acaso solamente el desprecio bastará para que la pesadilla vuelva hacia el fondo de la noche, a su guarida última? ¿No será un sentimiento tan traidor como histórico? La soledad de un escritor sin editores (con el patrocinio de Oliverio Girondo pudo publicar *La vida breve* en Buenos Aires, cuando ya tenía por detrás tres libros memorables); la abjuración de una generación y el tiempo lastimoso de la lealtad partidaria; la alevosía política (como el pacto ruso-germano) y las claudicaciones personales. Dirá indirectamente de los intelectuales de izquierda: “Y cuando a su condición de pequeños burgueses agregan la de *intelectuales*, merecen ser barridos sin juicio previo. Desde cualquier punto de vista, búsquese el fin que se busque, acabar con ellos sería una obra de desinfección. En pocas semanas aprendí a odiarlos; ya no me preocupan, pero a veces veo casualmente sus nombres en los diarios, al pie de largas parrafadas imbéciles y mentirosas y el viejo odio se remueve y crece”. El ostracismo intelectual lo conducirá hacia el silencio de la rabia interior, del grito mudo, de los per-

sonajes incommunicados. La proposición "me gustaría escribir la historia de un alma, de ella sola" se delata a sí misma, y Onetti, casi en forma inconsciente, agudiza con talentosa lucidez el fracaso del liberalismo de izquierda, la complicidad de la coexistencia pacífica. La soledad, como una invasión agria y poderosa, se meterá hasta en el último o más insignificante de sus personajes. Se equivocará Ángel Rama al repetir como Wilde que la vida imita al arte. Onetti, realista a más no poder, no perdona ni el mínimo detalle —"¿Qué se puede hacer en este país? Nada, ni dejarse engañar"— y seguirá fiel a su concepción de militancia —"El escritor escribirá porque sí, porque no tendrá más remedio que hacerlo porque es su vicio, su pasión y su desgracia"—: ni a sí mismo se perdona. No existirá peor precio para Onetti que el precio de la fidelidad consigo mismo —"¿Ímpetu de salvación o salto en el abismo?"— Sólo que el desprecio necesita de otras vueltas de tuerca sobre la realidad y sobre sí mismo, para no quedarse simplemente en el mero desprecio.

Encontrará, pues, el utópico refugio de la perfección literaria, la plenitud del estilo. Los cuentos de Juan Carlos Onetti, esa muestra perentoria de orfebrería, de prosa hábilmente perseguida por sí misma y desmesuradamente lanzada hacia adelante, hacia el preciso punto del cierre del círculo en donde la situación abre y concluye el paréntesis de la pesadilla o del absurdo o la resignación o el odio, pateizan en forma inigualada, tal vez con un esplendor literario muy pocas veces visto, la aventura de un escritor latinoamericano, sus logros decididamente impecaderos ♦

## MATIAS, EL TELEGRAFISTA, cuento de Juan Carlos Onetti

Cuando en casa de María Rosa, Jorge Michel contó una vez más, ante varios testigos, la historia o sucedido de Atilio Matías y María Pupo sospeché que el narrador había llegado a un punto de perfección admirable, amenazado sin dudas por la declinación y la podre en previsibles, futuras reiteraciones.

Por eso, sin propósito mayor, intento transcribir ahora mismo la versión referida para preservarla del tiempo; de sobremesas futuras.

El sucedido, que no es relato ni roza la literatura, es, más o menos, éste:

Para mí, ya lo saben, los hechos desnudos no significan nada. Lo que importa es lo que contienen o lo que cargan; y después averiguar qué hay detrás de esto y detrás de ese detrás hasta el fondo definitivo que no tocaremos nunca. Si algún historiador atendiera el viaje del telegrafista quedaría satisfecho consignando que durante el gobierno de Idiarte Borda, el paquebote "Anchorena" partió del puerto de Santa María con un cargamento de trigo y lana destinado a países del este de Europa.

No mentaría; pero la mejor verdad está en lo que cuento aunque, tantas veces, mi re-

lato haya sido desdeñado por anacronismos supuestos.

El viaje habrá durado unos noventa días y tal vez pueda, con algún trabajo, recitar el rol de la tripulación, el nombre de él, del telegrafista, se me olvidó en el principio, arrastrado por un odio superticioso. Lo bautizo Aguilera en esta página para contar cómodo. El nombre de ella, aunque no llegué a verla, no me olvidaré nunca: María Pupo, de Pujato, departamento de Salto.

—Qué querés. Se llama apenas María Pupo —como decía el telegrafista, Aguilera. “A la luz de las estrellas es forzoso navegar”, empezó a cantar alguno una mañana, mientras blanqueaba una puerta y de inmediato se corrió la infección, todos canturreando lo mismo, usando la frase como saludo respuesta, broma y consuelo. A la luz de las estrellas es forzoso navegar. Misteriosamente, la tonada lograba ser más estúpida que la letra.

Usted, uno, cuando le llega la hora que siempre es de amanecer, trepa la planchada con un rollo obligadamente azul golpeando desafiante en el lomo, insomne, hambriento pero con náuseas, todavía un poco borracho y vigilando los movimientos de la cerveza tibia en el estómago, atento también al lento desvanecer del recuerdo, cara, pelo, piernas, mano contraída y maternal de la puta que le tocó en suerte bajo un techo de lata ondulante. Son los ritos, no más; una tímida, inflada prepotencia, tradición marinera.

Y usted, uno, ya pesado de pronósticos sobre la suerte del carguero y las peripecias húmedas, muestra documentos y saludos humildes mientras examina casi sin mover los ojos, las caras novedosas y va tanteando lo que ellas pueden ofrecerle como ayuda, molestia o desgracia.

Reunidos, hipócritas y propensos a la paciencia, escuchamos al Capitán que habló de patria, sacrificios y confianza. Hombre discreto y aburrido levantó un brazo, nos deseó un buen viaje y nos pidió, sonriendo, que procuráramos darle un buen viaje también a él.

Estábamos tan agradecidos porque no habíamos bobeado más de tres minutos, que hicimos, firmes, la venia militar en un barco mercante y balamos un hurra. Corrí para asegurarme al gringo Vast como compañero de cabina. Pero era tarde, los lugares habían sido distribuidos un día antes y en la puerta de mi vomitorio encontré una tarjeta con dos nombres: Jorge Michel - Atilio Matías.

Bañados y frescos, era inevitable que estuviéramos a las siete y treinta frente a frente, cada uno sentado en su cucheta, cada uno con la inutilidad pesada de las quietas manos de hombre entre las rodillas. De manera que Matías, el telegrafista —“tengo que irme en seguida al puesto”— tosió sin flemas y dijo:

(Era, y para siempre, diez años más viejo que yo; tenía la nariz larga, los ojos sin sosiego, una boca fina y torcida de ladrón, de tramposo, de adicto a la mentira, un cutis protegido del sol desde la pubertad, una blancura conservada en la sombra del chambergo. Pero encima de todo esto, como un abrigo permanente, hacía flotar la tristeza, la desgracia, la mala suerte encarnizada. Era pequeño, frágil, con bigotes caídos y suaves.)

—Tengo que tomar turno —repitió. Pero faltaba media hora para su idiotez de recibir telegramas sin sentido y teníamos una botella de ron puertorriqueño entre uno y otro. Mi primer embarque no tuvo otro origen que la necesidad de moverme. Este tercer

embarque era distinto: era la huída por tres meses de La Banda, del patronazgo inverosímil del Multi, de las genuflexiones exactas de gente que yo había respetado y, en algunos casos, querido.

Bajo la luz débil teníamos el ron, los vasos, los cigarrillos, mi ancla azul tatuada en el antebrazo.

Dentro de media hora. De modo que Aguilera, Matías el telegrafista, dijo al principio de la verdad que él creía indudable, sin necesidad de presiones. Cautelosamente protegido por una fantástica desdicha empañada en su ruina, algo habló, hizo confesión:

Faltaban veinte minutos para empezar su guardia cuando balbució el olor del ron mientras hablaba. No era, lo suyo, él mismo, algo que pudiera clasificarse como manía de persecución, poner de lado y pasar a otra cosa. Porque, escuchen, Matías dijo, aproximadamente, o yo le estuve mirando en la cara triste —con su firme mueca de indignación infantil— las palabras que se atoraban sin ser pronunciadas.

Por ejemplo:

—Usted conoce Pujato —entre seguridad y pregunta—. Usted que conoce Pujato se tiene que dar cuenta de la diferencia y la estafa, entre el gris y el verde, por lo menos. Fue la Dirección de Telecomunicaciones y aquí le puedo mostrar los documentos, uno por uno, con el orden de las fechas, que por algo se me ocurrió guardar. Dirección Nacional o General de Telecomunicaciones. Llamado primero: llámase a concurso para proveer vacantes, creaciones, de radiotelegrafistas en el orden nacional. No le niego que yo tenía un amigo que manejaba el morse, receptaba y transmitía con tanta facilidad y sin siquiera darse cuenta, como usted respira o camina o cuenta cosas. También de Pujato el

amigo y por siglos de años telegrafista de la estación de ferrocarril. Con felicitaciones de los ingleses a cada inspección. Pujato, no se olvide, casi tan superior como la misma Santa María. Y el amigo quería jubilarse y dejarme el puesto como herencia de amistad. Así que en cuanto supo del aviso primero, aquí lo tiene, me dijo, el puesto es tuyo, se puso a practicar me y mucho antes del plazo reglamentario yo oía en morse y movía los dedos en morse. No era piano, no importaba que los hubiera estropeado, los dedos, en el trabajo de la chacra.

Lo que había era un empleo de telegrafista en la estación de ferrocarril de Pujato. Lo que había era Pujato en paz hasta el fin de la vida. Pujato y mi casamiento con María, que no le hablo porque son cosas sagradas para un hombre. Pero de Pujato sí, una palabra que ya se lo dice todo. Ponga el dedo donde quiera: una mañana, una tarde. Alguna vez, quien sabe, en la misma madrugada. Pujato verde y amarillo, los chacareros mandando trigo y maíz con los camiones que algunos vuelcan a granel, hasta los silos cerca de la estación, pidiendo día, turno y vagones. Yo ahí, que les resuelvo los problemas con el morse, mitad fastidiado, mitad divertido, nunca fastidiado de veras. Yo, y míreme como me vi, telegrafista y dueño, casado con María, que puede residir en la misma estación o estarme esperando en un chalet junto a la carretera nueva.

Usted lo ve, puede vernos, Pujato, mi señora y yo. Ahora vea el otro documento, que es el tercero, y el cuarto, donde está la trampa. Por el tercero, entre más de doscientos aspirantes yo quedo clasificado y dueño. Y en el cuarto documento, diez meses después, me mandan a radiotelegrafista un barco, éste tan lejos de todo lo que

le dije. Alemania, Finlandia, Rusia, tantos nombres que tuve que aprender creyendo siempre que nada tenían que ver conmigo, ni en la escuela ni después.

—Qué quiere que haga —desafió Matías el telegrafista—. ¿Que esté contento?

Lo dejé ir, siguió con el ron, me dormí sospechando enfermedades. A las seis de la mañana me despertaron con las adocenadas palabras groseras y muertas; foguista o fagonero bajé hasta mi infierno sin ver a Matías y casi olvidado.

Alguien dispuso para los días siguientes que ocupáramos el camarote en horas distintas y apenas nos viéramos separados por la mesa larga del almuerzo. De modo que el destino vigiló atento la existencia de Matías y me obligó a postergar mi réplica optimista y cristiana, mi alborada del gracioso hasta pocas horas antes de Hamburgo, calor, pequeñas faltas de disciplina, odios imprecisos, salivazos por palabras.

Ya dije o pensé que era una historia de embarcados y sólo ellos podrán entenderla de verdad. Agregó, sin disculpa, que muchas veces, en puertos o verdadera tierra firme quise explicar y convencer que todos, ciudadanos, montañeses y labriegos de llanura somos embarcados. Muchas veces y fracasando siempre.

Esto se dice para que ustedes se acerquen a comprender por qué desde que el barco salió del puerto de Santa María empecé a sentir la indiferencia, el desvío, el mal cubierto desprecio de los tripulantes, mis amigos de otros viajes.

42 Tal vez exagere porque las palabras son siempre así, nunca exactas, un poco más o un poco menos. Pero sí, estoy seguro, saludos más cortos, silencios soportados con paciencia, sonrisas sin ojos, conversaciones desviadas.

Porque yo, sin otra culpa que la de vivir

en el camarote que me habían impuesto, era para ellos el amigo de Matías el telegrafista, el socio del fracaso, la sombra de la mala suerte.

Y de nada me servía burlarme de Matías frente a ellos y el mismo Matías. La enfermedad, el destino enemigo del hombre de Pujato se me habían contagiado —ellos lo creían o sospechaban— y era prudente imponerme el cordón sanitario, la cuarentena. De modo que injustamente tuve que sentirme emparentado con Atilio Matías y navegar a su lado en un mar de hostilidad y persecuciones. Él, Matías, el telegrafista, desde un principio hasta su fin; yo, durante un viaje de tres meses.

—Y fijese adonde nos mandan —me dijo en algún encuentro inevitable—. Nos mandan al frío, un frío de muerte tan distinto al que tenemos, un suponer, en un invierno de Pujato. Piense en la picicita del radiotelegrafista en la estación del ferrocarril, con mate hirviendo y el brasero y algún amigo con temas de verdad para conversar, que a lo mejor trajo una botella de grapa, aunque yo no soy tomador.

Y era inútil exagerar el número de veces que yo había hecho el mismo rumbo, los mismos puertos, en idéntico mes del año.

—Mire que ahora en Finlandia mismo, en Hamburgo, en Bakú, la gente anda en mangas de camisa y las mujeres en los balnearios esperan la luz de la luna para bañarse desnudas.

No me creía, simplemente; le estaba prohibido aceptar la bondad del verano y alzaba los hombros para sacudirse toda posibilidad de optimismo. Ni siquiera contestaba; yo le sabía pensar: María Pupo, Pujato, o al revés.

Por allá arriba del incendio de las calderas alguien llevaba con escrúpulo al día, a la hora, el diario de bitácora. El mío era

distinto, como siempre sucede. Y lo que importa de la historia se acaba o recién sucede en Hamburgo.

Cuando en la rada, una mañana casi mediodía de verano, caminé enérgico para buscar la parada de tranvías, oigo los pasos persecutorios, la voz resuelta:

—Oiga, Michel. ¿Usted para dónde va?

—Para el otro lado. Estoy enfermo de ganas de Sanpauli. Mujeres y algo más fuerte que cerveza para olvidarme que soy un embarcado y que otra vez mañana de noche las calderas. Pero usted, Matías, va al hotel Kaiser, le oí decir. Tiene que cruzar la calle, va para el otro lado, toma otro tranvía.

Estuvo bamboleando la sonrisa que se opone, aceptando sin embargo, a la mala suerte. Debe ser fácil si uno se acostumbra. Después dijo y no llegaba ningún tranvía. —Hágame un favor.

—No —le dije—, me voy a Sanpauli, tengo hambre de Sanpauli y si quiere venga. Fue inútil porque él no me oyó, porque él, Matías, llevaba años en el ejercicio de la desesperación impura.

—Usted puede hacerme un favor y después va y se emborracha. No se lo dije en toda la navegación, pero justo hoy es el cumpleaños de María. Si me ayuda le mando un telegrama.

—Perdone. ¿Por qué no manda un radio desde el barco? ¿Por qué no se vuelve y lo manda?

Ni siquiera me miró. Hizo una sonrisa mientras caminaba y me habló paciente, de padre a hijo.

—Catorce. El artículo catorce prohíbe toda comunicación de carácter personal salvo situaciones de gravedad manifiesta que deben contar con el visto bueno por escrito del capitán o el jefe de estación.

+Claro, perdone —traduje.

Desde donde estábamos no se podía ver la ciudad; apenas unas torres cuadradas metidas en el sol. Pero yo la estaba oliendo, le sentía el gusto en la boca seca y puedo jurar o prometer que Sanpauli me llamaba. Pero no; su desdicha, la de Matías el telegrafista, fue más poderosa que mi hambre de humo y venga lo que venga junto a una enorme mesa redonda. Vencieron Pujato y María Pupo.

—¿Telégrafos? —empecé, para ceder y cubrir la vergüenza—. Sí, aquí cerca, dos cuabras, tenemos uno.

—Entonces, si me acompaña. Es un momento. Fíjese que no hablo en idioma y usted sí se defiende.

De manera que caminamos hacia Correos y Telégrafos a cada paso más lejos de Sanpauli.

Consideremos, entonces, que la fraulein del mostrador de Telégrafos había nacido allí, cuarenta o cincuenta años atrás, y que los anteojos, las arrugas, la boca en media luna blanca y arruga, la mismísima voz de macho pederasta eran, como su alma, un producto de sueldo miserable, de amor absurdo por el trabajo y la eficiencia, de una fe indestructible acrecida por el misterio que prometían y vedaban las letras T.T.

Así, y con rapidez satisfactoria, desde el dialecto pujatense, atravesando mi inglés de marinero, hasta el alemán perfecto de la fraulein, el mensaje decía, traducido, algo como María Pupo. Pujato. Santa María. Felicidades te desea Matías. Ella lo escribió con tres carbónicos, cobró tres marcos o cuatro y nos dio copia y recibo.

Estábamos otra vez en la calle y era el tiempo del hambre del almuerzo y todos los tranvías se pusieron a correr hacia Sanpauli y sus promesas. Ahora la voz no



estaba saliendo de Matías el telegrafista sino de mi hambre, mi debilidad, mi apaciguada nostalgia. Mi voz decía:

—Oiga, Michel. ¿Usted entiende de grafología?

—En un tiempo jugué a que sabía. Pero nunca supe de verdad.

—Pero, claro, usted sabe o por lo menos se da cuenta. Piense en la cara de la mujer.

—No.

—Sí, también a mí me repugna. Tres marcos cuarenta y un marco es más que un dólar. Y ni siquiera pasó el telegrama a máquina, lo escribió con birome y aquí tenemos la copia. Mire un poco, aunque siga porfiando que no entiende.

En un cruce de calle, en el temor de que la tarde empiece con los estómagos vacíos. Quise pegarle y no pude, dije palabras sucias y lo llevé de un brazo.

Todo, cualquier cosa; pero siempre en Hamburgo, en la más increíble esquina, habrá una delicatessen esperando. Cerveza y platitos escandinavos. Ahí, sobre la mesa, sostenida abierta por los pulgares de Matías estaba la copia del telegrama a María Pupo, Pujato.

—Fíjese con calma —dijo Matías—. Primero, la mujer, la cara de mal bicho atravesado que usted comparte conmigo.

Tomé cerveza, me llené la boca con mariscos de nombre ignorado y me rendí a una súbita, irresistible admiración por la inteligencia sutil de Matías, revelada a cambio de cuarenta y seis días de quemarme las manos en las tripas del barco, consciente de que en la misma cáscara, sobre la misma ola, separado apenas por chapas delgadas de acero y madera, viajaba la tristeza inconsolable del hombre de la radio.

—La cara para empezar —siguió Matías— y

ahora tenemos la grafología y aunque usted me porfíe que no entiende, las dos cosas se juntan y son indiscutibles. Resultado, y disculpe, que la gringa esa me quiere joder. Más claro: que ya me jodió y se quedó con el dinero, que no me importa porque tengo mucho, y no mandó ningún telegrama. Por la cara, por la grafología y porque yo soy radiotelegrafista diplomado y algo entiendo de esas cosas.

El inglés de los embarcados es un idioma universal; y siempre sospeché que algo semejante ocurre con el whisky en toda latitud y altura, se trata de alegría, desdicha, cansancio, aburrimiento. Matías estaba loco y yo no tenía a nadie próximo para unirlo al asombro y regocijo del descubrimiento. De modo que asentí moviendo la cabeza, aparté la jarra de cerveza y pedí whisky. Lo servían así: una botella, un

balde con pedazos de hielo, un sifón. Y yo no tenía un amigo para susurrarle la locura deslumbrante de Matías que había decidido callarse por un tiempo, tragar frutos del mar y cerveza.

Seguía siendo casi el mismo: diez años más viejo que yo, la nariz larga, los ojos inquietos, una boca fina y torcida de ladrón, de tramposo, de adicto a la mentira; pequeño, frágil, con bigotes caídos y suaves. Pero ahora había enloquecido o ahora mostraba sin pudor una locura antigua y encubierta.

Era ya de tarde cuando decidí interrumpirle las reiteraciones respecto a caras, intuiciones, tildes sobre las letras.

—A la luz de las estrellas es forzoso navegar —le dije—. Y como usted, Antía, tiene tanto dinero, lo mejor, lo único que puede hacer, si aprecia respetuosamente el cumpleaños de su novia, lo único que se puede hacer es caminar de vuelta al monstruo

T.T. y pedir comunicación telefónica con Pujato.

—Desde Hamburgo —preguntó amargo, con la ironía sin gracia de los perseguidos.

—Desde Hamburgo y por T.T. Lo hice mil veces. Se oye mejor que si usted le hablara desde la misma Santa María.

Su lucha era entre la esperanza y la incredulidad atávica. Burlándose, se golpeó el rollo de billetes en el bolsillo del pantalón y me dijo “bueno, vamos” como si desafiara a un niño.

Fuimos, yo apenas borracho y él con la resolución de que fuera demostrada, de una vez para siempre y para él mismo que toda máscara de la felicidad le había sido negada desde el principio de los días y que nada podría atenuar aquella su maldición particular de la que sacaba orgullo y distinción bastantes para continuar viviendo. Las oficinas telefónicas funcionaban en el mismo edificio de los telégrafos, de la solterona que había estafado a Matías en algo así como tres marcos cuarenta, guardándose por revancha y avaricia las palabras de feliz cumpleaños para María Pupo, Pujato.

Pero los teléfonos estaban en otra ala, a la izquierda; y uno remolcó al otro hasta llegar al mostrador, a la rubia delgada, joven y sonriente con ganas. Era una T.T. Dije, traduje, expliqué y ella me miraba lentamente y sin fe verdadera. Dije otra vez, silabeando, demostrándole sinceridad y una paciencia adecuada al paso del tiempo hasta el fin del mundo. Dudaba, ella, y terminó aceptando, blanqueándose la cara con la sonrisa exagerada y tal vez dolorosa. Es cierto que, todavía, vaciló un momento antes de la creencia y nos pidió:

—Un momento, por favor —antes de saludar con la cabeza y abandonarnos el mos-

trados para desaparecer, también ella, tan joven, detrás de puertas y cortinas, más allá de la gran T.T.

Luego apareció un t.t. mayor con anteojos rodeados de oro delgado y nos preguntó si era verdad lo que encontraba imposible:

—Esta coincidencia, señores . . .

Yo supe. No puedo saber qué pasaba dentro de Matías, de qué modo iba acomodando las postergaciones a su destino personal preferido. Yo estaba, dije, un poco borracho y brillante. Soportamos otros interrogatorios, otros t.t. progresivamente mayores. Y yo repetí con candor, sin dudas, las respuestas correctas, porque al fin tuvimos, también nosotros, el privilegio de empujar cortinas y atravesar puertas hasta enfrentar al T.T. mayor, el verdadero y definitivo.

Estaba, ya de pie, detrás de un escritorio enano, de madera negra, en forma de media herradura. Ayudado por el calor, el whisky de dos años, la locura recién llegada de Matías, pude creer un momento que el hombre nos estaba esperando desde que salimos de Santa María. Era alto y grueso, el hombre que fue campeón en las canchas de la . . . . . y que abandonó el deporte dos o tres años atrás. Rubio, rojo, pecoso, amable y repugnante. —Señores —dijo . Yo simulé creer.

—Me han dicho que quieren una ligazón telefónica con América del Sur.

—Ya —dije, y nos pidió que usáramos las sillas.

—Con América del Sur —repetió sonriéndole al techo.

—Pujato, señor, en Santa María —le dije volviéndome para mirar a Matías y pedirle apoyo.

Pero no había nada por ese lado. La locura del telegrafista había preferido, con astucia o rebelión definitiva, una expresión

de ausencia, unos ojos vacíos, unos bigotes de seda, mustios y ajenos, estremechidos por el viento de la refrigeración. Él, Matías, no participaba, sólo era un testigo atento, zumbón, seguro de la derrota, indiferente, lejano.

El hombre corpulento recitaba rodeado por la semi herradura de su mesa. Era mayor que nosotros y muy pronto la alegría fraternal de su discurso se fue trasformando en decencia y hastío.

Ya estaba rodeado de funcionarios con expresiones dichosas y todos tomábamos café mientras él explicaba que la T. T. Telefunken, de la cual era un simple engranaje, acababa de poner a punto una nueva línea de comunicaciones entre Europa y Southamérica; y que esta ocasión, la estremecida nostalgia de Matías, debía ser celebrada porque el llamado de amor que pretendíamos era el primero que iba a cumplirse, en realidad, aparte, claro, de las innumerables pruebas de los técnicos.

Cuando se echó hacia atrás levantando un brazo vimos que toda la pared a sus espaldas era un enorme planisferio en el cual los rigores de la geometría decorativa no respetaban los caprichos de las costas. Y volvió a sonreír para decirnos que la celebración agregaba a las tazas de café su carácter de gratuito, no más de tres minutos.

Asentí con entusiasmo, dije palabras de gracias y felicitación mientras pensaba que todo aquello era normal, que las inauguraciones siempre habían sido gratuitas para mí, mientras miraba la cara furtiva del telegrafista, su expectación acusadora.

50 Hubo una pausa y el hombre grande empujó uno de los teléfonos hasta Matías. Era blanco, era negro y era rojo

Matías continuó inmóvil; y, si una burla puede ser seria, había burla en su perfil escurrido y en su voz.

—María no tiene teléfono —dijo—. Llame usted, Michel. Llame al almacén y les pide que la busquen aunque no sé qué horas serán. Pregúnteles porque en una de esas es muy tarde y está durmiendo.

Quería decir Putajo duerme. Hablé con el gerente, consultamos con Greenwich y supimos que apenas empezaba a ponerse el sol en Santa María. Mugidos de terneros por el lado de Pujato, las barreras de la estación cayendo con pereza y chirriando para esperar el tren de las 18,15, rumbo para adentro, Capital.

Entonces, lento por premoniciones que actuaban como artritis, pensando en la libertad y Sanpauli, alargué el brazo y traje el teléfono hasta casi tocarme el pecho. Rígado, sin mirar nada que estuviera en la habitación, Matías habló con mis manos.

—Es el 314 de Pujato. El almacén. Usted pide que la llamen.

Luego de concretar instrucciones con el almacén principal hablé con la operadora. Con paciencia y reiteración el problema no fue difícil.

No sé cada cuántos segundos y durante cuántos minutos la mujer me estuvo diciendo: “no se retire; llamando”, o palabras equivalentes. Y entonces hasta el mismo Matías tuvo que alzar los ojos y apreciar el milagro que se iba extendiendo en la pared que era un planisferio. Vimos encenderse, allí mismo, en Hamburgo, la diminuta lámpara enrojecida; vimos otra que iluminaba Colonia; vimos, sucesivamente, a veces con parpadeos, otras nuevas con una segura velocidad inverosímil: París, Burdeos, Alicante, Argel, Canarias, Dakar, Pernambuco, Bahía, Río, Buenos Aires, Santa María. Un tropiezo, una vaivén, la voz de otra señorita: “No se retire, llamando a Pujato, tres o cuatro”.

Y por fin: Villanueva hermanos, Pujato.



# Eduardo D'anna

## Poemas a Rosario

### Esta ciudad

Esta ciudad  
tan provinciana y ridícula  
ha conseguido  
sin embargo  
retenerme.

Será  
porque albergo la esperanza  
de que dado que nos conocemos todos  
—(y no lo niegue)—  
algún día nos sonreiremos por la calle  
y nos saludaremos  
y nos besaremos  
y armaremos una guitarreada en cada  
esquina  
y el vigilante  
cantará un chamamé, por supuesto.

### Mi amigo

a K.

Tengo un amigo:  
toca la guitarra  
y está loco por el folklore  
se emborracha  
está bastante pobre  
y le presta a todo el mundo la plata que  
no tiene.

Si estuviera en mis manos  
destruir a Rosario y sus habitantes  
él sería uno de los pocos que salvaría.

Pero inútil.  
Querría quedarse para morir con todos.

### Poema con joda

Este es un poema con joda  
porque la verdad  
es que no dice  
ni pretende decir  
absolutamente nada.

Nuestra literatura  
está hecha más o menos así  
sólo que con palabras mucho más lindas  
que quieren decir menos todavía.

## Usted espere

Usted va a perdonarme  
vecino  
que hable tanto de mí.  
¿Con estos pocos años  
de qué podría hablar  
sino de mí y mi patio?

Pero le prometo  
andar mucho  
crecer para usted  
y después volver y contarle  
cómo es todo,  
cómo es la Puna de Atacama  
y cómo son las piernas de esa señorita  
que va a caminar dentro de algunos años  
años por una calle de Lima,  
y cómo es la sonrisa del pibe que venderá  
globos frente al Museo de las Naves  
Vikingas,  
en Oslo.

Por eso  
tiene que perdonarme.  
La intención es lo que vale, vecino.  
Y usted espere  
y ya va a ver.

Un pequeño café, por MARCO DENEVI. Humor mío, por JORDAN DE LA CAZUELA. Historias en rojo, por SYRIA POLETTI. El amasijo, por OSVALDO DRAGUN. Ceremonia secreta, por MARCO DENEVI. Ciencia-Ficción, por varios. La caza del Snark, por LEWIS CARROLL. Falsificaciones, por MARCO DENEVI. En prensa: El Anfión, falso Mesías o Historias y Aventuras del barón D'Ormesan, por GUILLAUME APOLLINAIRE. El cocodrilo, por FEDOR DOSTOVIESKI, 1 vol.

**CALATAYUD - D. E. A.**  
editores - Bs. As.

## EDICIONES PERSEO

- **Mitología griega y romana** - D. V. Gornver
- **La mejor manera de estudiar** - F. Bleifarben
- **Cómo rendir examen** - Víctor Ray
- **Cómo iniciarse en relaciones públicas** - Víctor Ray
- **Cómo medir la inteligencia** - Víctor Ray
- **Método de lectura veloz** - Víctor Ray
- **El arte de redactar** - Víctor Ray

Distribuye:

D.E.A. s.r.l. Rivadavia 1711 Buenos Aires

## NO DEBEN FALTAR EN SU BIBLIOTECA

### COLECCION NUEVOS ESQUEMAS

- 1 Pablo Capanna: **El sentido de la ciencia ficción** (\$ 4,40)
- 2 Fernando Quiñones: **Ultimos rumbos de la poesía española** (\$ 3,70)
- 3 Jorge Insúa: **Psicología médica** (\$ 4,40)
- 4 Ofelia Kovacci: **Tendencias actuales de la gramática** (\$ 3,70)
- 5 Gustavo Cirigliano: **Educación y futuro** (\$ 3,70)
- 6 Raymond Panikkar: **Los dioses y el señor** (\$ 3,70)
- 7 Jean Ullmo: **La crisis de la física cuántica** (\$ 3,70)
- 8 Luis Jorge Zanotti: **La misión de la pedagogía** (\$ 3,70)
- 9 James A. Weisheipl: **La física en la Edad Media** (\$ 3,70)
- 10 Oscar Masotta: **El "pop art"** (\$ 4,40)
- 11 Colin-Houdas: **Fisiología del cosmonauta** (\$ 3,70)
- 12 Jacques Heers: **El trabajo en la Edad Media** (\$ 3,70)
- 13 Marc Menguy: **La economía de la China Popular** (\$ 3,70)
- 14 Bernard Haussman: **Problemas filosóficos de la matemática moderna** (\$ 4,40)
- 15 José S. Croatto: **Origen y evolución del alfabeto** (\$ 5,10)
- 16 Cornelio Fabro: **La dialéctica de Hegel** (\$ 9,70)
- 17 James Lequeux: **Planetas y satélites** (\$ 3,70)
- 18 Delfín Leocadio Garasa: **Los géneros literarios** (\$ 6,40)
- 19 J. Ph. Levy: **La economía antigua** (\$ 3,70)
- 20 Eduardo Tijeras: **Ultimos rumbos del cuento español** (\$ 7,60)
- 21 Néilda Salvador: **La nueva poesía argentina** (\$ 7,60)
- 22 Rodolfo Modern: **La literatura alemana del siglo XX** (\$ 8,90)
- 23 A. D. Seritillanges: **La idea de creación** (\$ 7,60)
- 24 Jorge Insúa: **Introducción a la psicología médica** (\$ 8,90)
- 25 Zunilda Guertel: **La novela hispanoamericana contemporánea** (\$ 4,40)



**EDITORIAL  
COLUMBA**

Ventas: Virrey Cevallos 1364

T. E. 26-1338

Buenos Aires (Sucursal 34)

### Primer certamen

### Macedonio de Poesía Argentina

- 1) Los trabajos serán considerados por un Jurado integrado por Raúl Gustavo Aguirre, Ubaldo Nicchi y Alberto Vanasco;
- 2) podrán intervenir todos los poetas residentes en el país y los argentinos residentes en el exterior;
- 3) los trabajos premiados serán publicados en el número diez de la revista "Macedonio", número especial dedicado a la Literatura Argentina;
- 4) el plazo de admisión de los trabajos se cierra el 31 de diciembre de 1970;
- 5) la decisión del jurado se hará pública el día de aparición de la revista con los poemas escogidos;
- 6) no habrá premios especiales. El certamen es estrictamente selectivo y el Jurado tomará en cuenta a tres poetas, por uno o más poemas;
- 7) los trabajos deberán ser inéditos;
- 8) los autores podrán enviar sus originales firmados con su propio nombre o bajo seudónimo. En este último caso, en sobre aparte, cerrado y lacrado, consignarán su nombre y domicilio. En





o en el idioma que los dos han inventado para ahuyentar a los demonios. Cuando alguien llama a la casa, la madre de Mate Trancado se esconde. Se encierra en la cocina y espía al intruso, que avanza hacia el galpón.  
—¡Shuc, shuc! —grita Christer en su idioma inventado—. ¡Fuera! ¡Fuera! —¡Fapa...  
Emp!

—Christer...

—¡Shoenster... up! ¡ij, ij, ij!

—Oime, Mate Trancado...

—¡Fuera!

Pero no se lo dice a él sino a los monstruos imaginarios que ahuyenta con una arpillera.

—Omp, omp... aquí, aquí —les dice

Christer y señala un cajón de frutas. Entonces los monstruos van hacia el cajón y Mate Trancado los encierra, les pone una tapa, los cubre con la arpillera mugríneta.

Christer les arroja una piedra. Los opas se desbandan como gallinas. Pero al rato vuelven a tocar el tambor, a desfilar entrechocando las latas del baldío. Con la camisa manchada de pintura, armado con un palo, Christer avanza hacia los opas que huyen hasta la casa. La madre de los opas los protege con su cuerpo, pide perdón por esos inocentes, pero Mate Trancado no quiere oír explicaciones. La mujer se arrodilla, se aferra a los pantalones de Christer que continúa vociferando: "porque no puedo pintar, mierda, deje a mí, no puedo con malditos cretinos suyos tocando tambor todo el día.

—Son inocentes, pué.

—¡Yo matarlos! —grita Christer y ve a los opas descuartizados, girando entre man-

chas rojas y azules. La visión lo tranquiliza. Ahora mismo va a pintarlos, a plantar esas figuras, a atomizarlas en súbitos resplandores, a destrozarlas en una lluvia de meteoros. A esa hora bajan los ángeles que visitan a la madre de Christer, pero tienen miedo de descender, temor a que los perros destrocen sus alas, que los confundan con gallinas. Entonces la madre toca el timbre. Se oye la alarma en el galpón de Mate Trancado.

—¡Hay que matarlos! ¡Hay que matarlos! —grita la vieja. Christer sale con una soga y un palo a enfrentar la jauría. Borracho, a los tumbos, golpea a un perro y otro, recibe dentelladas, contesta con más palos y puntapiés e insultos.

Se oye jadear a Christer.

Después ata la soga al cuello de un perro muerto, lo revolea, bailando, cantando una canción en suco, mientras la madre reza, conmovida, y recibe a los Enviados del Cielo.

En el pueblo consideran que la manía de Christer de matar perros y despanzurrar gatos es realmente intolerable. Por eso le arrojan piedras, le gritan mataperros y asesino. Tal vez por eso Christer anda como agazapado por el pueblo, encorvado, como si quisiera en vano ocultar su cuerpo de gigante, su pelo de estopa, ensortijado y rojo. Los chicos lo persiguen "¡mataperros! ¡mataperros!", le arrojan un palo, una piedra, una fruta podrida. La gente del pueblo ama a los animales. Si alguien dispara una perdigonada contra el cuerpo de Christer, si alguien lo hiere tirándole una botella, se supone que es en defensa de ese amor. Sólo en la casa de putas Christer encuentra asilo, porque allí, como es sabi-

do, es bien recibido el que paga y Christer es generoso con las chicas; no sólo paga sino que a veces les regala perfumes, caramelos y hasta cortes de género. Ellas lo quieren a Christer aunque mate a los perros y los gatos. Y aunque es muy bruto y se agita en la cama como un oso y resopla y putea, todo lo hace con mucha rapidez, y con él el trabajo es fácil, mucho más que con el escribano y el farmacéutico, con los viejos que piden "cosas raras", como dicen las chicas, pequeñas "porquerías" en las que se demoran como en un velorio. Con Christer es diferente, es como si pasara una locomotora, una biela loca, un fuego intenso y breve, una quemadura sin rastro. Sólo se impacientan cuando les habla "en idioma", cuando en medio del desorden de la cama, invoca a los demonios. Pero ellas saben que cada uno tiene sus locuras y la de Christer, mirándolo bien, no es la peor de todas.

Y entonces le viene la tristeza, deja la casa de las putas, se va caminando por las calles del pueblo. En esos momentos, Mate Trancado silba y la tristeza, lo que había sido la tristeza, se transforma en música, y algo parecido a la dicha le sube a los ojos. En momentos así Mate Trancado ve el paraíso: hojas de un verdor increíble, pájaros, nubes doradas, espadas flamígeras, miríadas de espuma, y sus ojos, anegados en lágrimas, se deslumbran por aquel espectáculo, por esa visita, un tanto inesperada, de Dios. Sube al terraplén, llega a su casa y, al igual que cuando era niño, come un puñado de tierra. Dios sabe cuánto necesita ese puñado, con qué voracidad, con qué gozo gusta la tierra entre sus dientes, la tierra que se mezcla a su saliva, aquel jugo áspero, ligeramente dulce, como una leche oscura,

tan remota y tan buena como las visiones que llenan sus ojos.

En la casa de Christer, la China limpia la cocina, lava la ropa, acerca la bocinilla a la señora. La madre de Christer se ha aficionado a ella, y la trata tan mal como si fuera su propia hija. Le grita por su torpeza, por su silencio, porque a pesar de comer en su plato de lata sigue tan flaca y desnutrida como el primer día en que llegó. La india duerme en un jergón; tiene una estampita del santito Ceferino Namuncurá y se entretiene mirándolo antes de dormirse. Del alto y con el cuerpo de una criatura de once años, La China ha pasado los veinte. Vive en santidad, única virtud que la madre de Christer le reconoce.

A veces, La China entrecierra los ojos y ve al Violinista de Hueso, un indio enorme, de tres metros de alto, que toca en su violín de hueso y le habla en el idioma olvidado de sus padres. El Violinista es la única visión que se permite La China, además de la del santito. No recuerda los ritos, las ceremonias de su tribu: muy lejana, casi perdida, la degollación del chivo negro y la oveja blanca, la sangre del mal y del bien que se confunden. Todo esto ocurre antes de dormirse. El resto de la noche y el día, nada perturba su tarea: lava, plancha, cocina, enciende la lámpara de kerosén, espanta los pájaros y canta. Sí, canta, pero para adentro, sin que nadie la oiga. Canta las canciones de su tribu sin despegar los labios. Sólo su memoria es de música, no el cuerpo acostumbrado al ir y venir por la casa. El cuerpo, ajeno y raquítico, se desentiende de su canto como de la sangre del chivo y de

la oveja. "Sólo hay un Dios en la Tierra —dice la Señora— sólo hay un Dios". Y así será no más, aunque de noche, sin que nadie lo llame, aparezca el Violinista de Hueso.

—¡Más vino! —grita Christer.  
—Ya, patrón —responde La China.  
—Pronto, pronto...  
—Ya, ya...

Y el Violinista de Hueso, de tres metros de alto, está allí, con su violín de hueso, mientras el patrón la llama y pinta a los opas.

La China va a buscar el vino.

—Vení.  
La india se acerca, temerosa. El patrón parece enojado. Siente que la levanta, cree que la va a despanzurrar como a los gatos.

—Tomá.  
—No, yo no, patrón.  
—Tomá, te digo.

Christer la tiene en sus brazos y la obliga a tomar vino. Con un brazo sostiene el cuerpo de La China y con el otro le da la botella como una mamadera.

—Mamadera de vino —se ríe Christer.  
—Si se despierta la Señora se va a enojar muy mucho, no estar nada bien lo que hace el patrón, yo no quiero, no gusta el vino como gente de tribu siempre borra-cha y mala, no patrón.

Pero Mate Trancado se ríe y el vino baja en la botella y a La China le viene muy mucho el sueño, dormida, lindo el patrón riéndose, desvestiéndola, sacándole las pocas pilchas que cubren su cuerpo.

—No hacer eso...  
Ceferino Namuncurá le sonríe desde una

—¡Quieta, carajo!  
El Violinista de Hueso se aleja cantando.  
—La Señora se va a despertar...  
Los opas bailan en el cuadro de Christer.  
—Callate.  
—Sí, patrón. Sí... sí... sí...  
Y es como un dolor, como fuego. Después se duerme.

Los opas siguen dando vueltas, caminan alrededor del árbol, del gato muerto, de la araña; el tiempo gira en la pelambre roja, en la cabeza ebria, en los ojos de Christer que pinta a los opas dando vuel-tas, caminando alrededor del árbol, del gato muerto, de la araña. La China le ceba un mate. La China le alcanza la ginebra. Christer continúa pintando, mira a los demonios que se acercan, los corre con un palo, los mete en el cajón, se sienta a fumar, solo, en un rincón del patio. Se queda quieto, hasta que llega el rojo, el negro y vuelve a pintar a la mujer chiquita, que desnuda otra vez como si la desollara, huesos de los muertitos, mien-tras la madre grita que se muere, ofendida por el pecado que ha entrado en su casa. Grita la madre en sueco y Christer le res-ponde en su idioma inventado, saca un cuchillo entre sus ropas y la madre huye entre blasfemias. Se ríe La China, muy bajito, para que no la oigan sus patrones; aquello la divierte, vieja bruja, mala —piensa La China mientras se espulga entre las piernas. Son los piojitos que trae el Christer, la ladilla de las putas —se ríe La China. Un cielo rojo se desploma en el cuadro. Abajo, achatada, aparece media cara de La China con los ojos vacíos. "Soy yo, sos vos", le explica el pintor a la modelo. Pero ella continúa rascándose,

hurgándose, riendo por lo bajo. En otro cuadro, La China juega al gallito ciego, lleva los ojos vendados y los opas la rodean, la tocan con manos gigantes; en otro, es una indefinida mancha azul sobre un fondo gris; en otro, sólo las piernas, muy flacas. Así, la mujer niña, dispersa en óleos, se pierde y reaparece en la obra del sueco que cuenta obsesivamente la misma historia, la del pelo, las uñas, los dientes, el olor, la sombra, el volumen de la mujer. A veces el pintor se incluye como un cielo rojo, como un signo en un costado de la obra, como esa masa blanca (su cuerpo es blanco, enorme) que cae y aplasta y ahoga la figura de La China. Hay barrancones, terrones de arcilla, grandes pájaros, meteoritos que suelen desprenderse del cuadro. Pero Christer reniega de esos elementos, como un sobrante, una alegoría, una traición a su propia furia cuando pinta. Entonces, con su cuchillo, rasga la tela, la corta en cruz, en diagonal, se abalanza sobre la pintura que lo traiciona, puteándola, dándole puñaladas. Agotado, deshecho, se tira en su jergón. La China lo mira con el respeto y el temor que inspiran los muertos. La patrona toca inútilmente el timbre: ni Christer ni La China se mueven de su lugar. Quizás esperan su muerte, tal vez esperan el momento en que el corazón de la madre deje de latir para acostarse en su cama, bajo la mirada de los ángeles y los santos. Entretanto, los opas siguen dando vueltas, caminan alrededor del árbol, del gato muerto, de la araña. En su jergón, Christer descansa de las fatigas de su arte. Solícita, para ahuyentar la mala suerte, La China se agacha en el suelo, y dibuja una limpia, blanca y fría cruz de sal. ♦

## OTROS LIBROS Y OTRAS EDICIONES

**Retorno al coloniaje**, por ARTURO JAURETCHE, Ed. Mar Dulce - **La redención del robot**, por HERBERT READ, Ed. Proyección - **El socialismo en la Argentina**, por JORGE E. SPILIMBERGO, Ed. Mar Dulce - **¿Para qué sirve la literatura?**, por JEAN-PAUL SARTRE/SIMONE DE BEAUVOIR, Ed. Proteo - **Cartas a una madre**, por WILHELM STEKEL, Ed. Libera - **La otra orilla**, por MARCELO GIANELLI, Ed. Freeland - **Para un tiempo de fábula**, por GUILLERMO CANTORE - **Gustavo Riccio, un poeta de Boedo**, por LUBRANO ZAS - **La veleta y la antena**, por RAUL GONZALEZ TUÑON, Ed. Buenos Aires Leyendo - **Antologías de CORSO, FERLINGHETTI, GINSBERG, BRETON, LAWRENCE y SAN JUAN DE LA CRUZ**, Ed. Mediodía - **El pozo de la soledad**, por RADCLIFFE HALL, Ed. Hemisferio.



**D.E.A. s.r.l.**  
**Distribuidores**  
**Rivadavia 1711**  
**Buenos Aires**

## Cassiano Ricardo

### SELECCIÓN Y TRADUCCIÓN DE ANDRÉS FIDALGO

Cassiano Ricardo nació en San José dos Campos, San Pablo (Brasil), en 1895. Integró en un comienzo el movimiento literario nacionalista. A partir de 1926 participó en el Movimiento Braserista Moderno. Ha publicado catorce libros de poesía y varios más de ensayos. En 1965 obtuvo, por unanimidad, el Premio "Jorge de Lima" —uno de los más importantes de Brasil— por su último libro de poemas. Tres etapas pueden advertirse a lo largo de su obra: una primera, nativista, similar a la de muchos poetas "folklóricos" aunque influida, a su vez, por la escuela parnasiana francesa. Aquí se incluyen poemas de sus primeros libros hasta "Vamos a cazar papagayos". Luego, otra modernista, desde "Martín Cereré", "Borriones de Verde y Amarillo" y "Déjate estar, yacaré", libros que él mismo consideró polémicos y en los que se acentúa la profusión de imágenes, casi siempre de naturaleza visual (M. Bandeira). Por último, a partir de 1950, una tercera modalidad expresiva adquiere mayor gravitación; nueva entrada del sentimiento, aún cuando haya más de "siete razones para no llorar". Y, como en casi todos los poetas brasileños de su promoción, da ironía asoma a menudo su rostro burlón y tierno a la vez.

### Muchacha tomando café

En un salón de París  
la linda muchacha, de mirada gris,  
toma café.  
Muchacha feliz.

Pero la muchacha no sabe por quién es,  
que hay un mar azul antes de su taza de  
café;  
y que hay un navío largo antes del mar  
azul...  
Y que antes del navío largo hay una tierra  
del sud;  
y antes de la tierra un puerto en continuo  
vaivén,  
con guinches roncando en la boca del tren  
y echando letreros en las costas del mar...  
Y antes del puerto un tren madrugador  
sube-desciende de la sierra gritando sin  
parar,  
en las carretillas que zumban de dolor...  
Y antes de la sierra está el reloj de la  
estación...  
Todo jadeante como un corazón  
que está siempre llegando, y palpitando  
así.  
Y antes de esa estación se extiende el  
cafetal.  
Y antes del cafetal está el hombre, por fin,  
que derribó solito la floresta brutal.  
El hombre sucio de tierra, el labrador  
que se duerme rico, la plantación blanca  
de flor,  
y se despierta pobre al otro día... (no  
hace mal)  
con la helada negra que quemó el cafetal.

La riqueza es una novia, ¿qué hacer?  
que promete y que falta sin querer...  
Llega a vestirse así, adornada de flor,  
en la noche blanca que es su velo nupcial,  
pero viene el sol, le quema el velo,  
y se la lleva locamente al cielo  
arrancándola de entre las manos del  
labrador.

¿Qué fue de la selva de aquí?

El labrador la derribó.

¿Qué fue del labrador?

Está plantando café.

¿Qué fue del café?

La muchacha se lo tomó.

Pero la muchacha, ¿dónde está?

Está en París.

Muchacha feliz.

### Canto incivil

Basta estar vivo  
para ser subversivo.

(o subservivo.)

Basta no figurar  
en el registro civil

para ser incivil.

(O vil, para abreviar la palabra.)

Basta ser incivil

para no ser nadie.

Basta no ser nadie

para tener el apellido

que la policía da

a quien no es nadie.

Yo tenía dos nombres:

Zebedió,

que la miseria me dio.

Y "elemento subversivo"

que la policía me dio.

Y tan sólo un dolor:

el que la vida me dio.

Y héme aquí, incivil,

(o vil, para abreviar la palabra).

Una patada de caballo

el día de las elecciones

y héme aquí, extendido en decúbito  
dorsal.

(O ya, partido por el eje,  
sin dolor, ni sal.)

## Estación de cura

El agua me viene gorjeando  
dentro del vaso,  
como un pájaro líquido.

Aseguro que las lágrimas  
que yo llorase,  
examinadas en un laboratorio,  
ya no tendrían significado  
ni sal.

Las cosas naturales me asedian  
y me cuentan —analfabetas—  
que son mis hermanas.  
La luna es, ahora, un objeto  
de mi uso personal.

Me siento tan natural  
que hago sol, lluevo, anochezco.  
Mi mano es de plata y agua.

Las muchachas del lugar me agasajan  
sin conocerme;  
con eso, me conmueven.

En la mañana hidromineral  
Los árboles llueven.

## Competición

El mar es hermoso.  
Mucho más hermoso es ver un barco  
en el mar.

El pájaro es hermoso.  
Mucho más hermoso es que hoy el hombre  
pueda volar.

La luna es hermosa.  
Mucho más hermoso es un viaje  
lunar.

Hermoso es el abismo.  
Mucho más hermoso el arco del puente,  
tendido  
en el aire fugaz.

La ola es hermosa.  
Mucho más hermoso es ver a una mujer  
nadar.

Hermosa es la montaña.  
Más hermoso es el túnel para que alguien  
pueda cruzar.

Hermosa es una nube.  
Más hermoso es, desde un último piso,  
verla pasar.

Hermoso es el azul.  
Más hermoso el que Cézanne supo  
pintar.

Pero más hermoso  
que el de Cézanne, el azul de tu mirar.

El mar es hermoso.  
Mucho más hermoso es ver un barco  
en el mar.

## 7 razones para no llorar

1.

El mundo del terror  
y del encanto  
me impide el llanto.

2.

Substraído a la ley  
de la gravedad  
perdí la noción  
de lo que es grave.

3.

Una cóz de caballo  
el día del comicio  
y yo —Jeremías seco—  
ojo de vidrio.

4.

La ciudad mecánica  
timpánica  
me convirtió en un objeto  
concreto.

5.

Unos mataron la sed  
en el sudor de los otros.  
Y yo quedé sin agua  
ni sal.

6.

La seca,  
lacrimosedienta,  
bebió mi vaso,  
¿Y ahora?

7.

La lágrima es ridícula.  
Un hombre no llora.



## La calle

Bien sé que muchas veces  
El único remedio  
Es postergar todo. Es postergar la sed,  
el hambre, el viaje,  
La deuda, la diversión,  
El pedido de empleo, o la propia alegría.

La esperanza es también una forma  
De continua postergación.  
Sé que es necesario prestigiar la esperanza,  
En una sala de espera.  
Pero también sé que espera significa lucha  
y no tan sólo  
Esperanza sentada.  
No abdicación frente a la vida.

La esperanza  
Nunca es la forma burguesa, sentada y  
tranquila de la espera.  
Nunca es figura de mujer  
De cuadro antiguo.  
Sentada, dando maíz a las palomas.

## Los cinco primeros libros de **EDITORIAL RAYUELA**

### Octubre

**Viaje alrededor de una mesa:**  
Julio Cortázar

**El amor nueve veces:** Cuentos  
de Manauta, Martini, Vanasco,  
Costantini, Heker, Orgambide,  
Conti, Sáenz y Denevi

**Cuatro historias de Buenos  
Aires:** Bernardo Verbitsky

### Noviembre

**Los mejores cuentos argentinos  
de hoy - 1969/70:** Cortázar,  
Walsh, Conti, Rozenmacher,  
Orgambide, Costantini,  
Castillo, Moyano, Vanasco,  
Lynch, Sáenz y Saer

**Los 123 mejores poemas de la  
Poesía Argentina:** selección de  
Juan Carlos Martini

## OTROS LIBROS Y OTRAS EDICIONES

- **Soldados** - Rolf Hochhuth - Grijalbo
- **Thomas Mann** - G. Lukács - Grijalbo
- **La revolución cultural china** - Alberto Moravia - Sinera
- **Crónica familiar** - Vasco Pratolini - Sinera
- **Cine y ciencia-ficción** - Luis Gasca - Sinera
- **China: la revolución cultural** - Louis Brcata - Aymá
- **Fundamentos de la exploración psicológica** - Cronbach - B. Nueva
- **Psicología social** - D. Krech y otros - Bibl. Nueva
- **Guía del carácter** - Leo Talamonti - Martínez Roca
- **El Japón tercer grande** - Robert Guillain - Martínez Roca
- **Los trabajadores y la evolución técnica** - A. Touraine y otros - Nova Terra

**D. E. A. s. r. l.**

**Distribuidores**

**Rivadavia 1711 - Buenos Aires**

# m a c e d o n i o

Revista de Cultura  
Rivadavia 1711, Bs. As.  
Argentina

Sírvase suscribirse a **MACEDONIO** por cuatro números (1 año), a partir del N° .....

Nombre y Apellido .....

Dirección .....

Ciudad .....

País .....

Acompañar cheque (giro) N° .....

Banco .....

Por la cantidad de (en letras) .....

3 números, correo ordinario:  
\$ 1.000 m/n. o su equivalente.  
Suscripción de apoyo: \$ 3.000.





**Juan Carlos  
Onetti**